

VIDA MAESTRA

de Noé Denia

© Copyright

*A mi madre y padre,
a quienes, con el tiempo, he sabido entender.*

*A todas las personas
que no han podido decidir cómo y cuándo.*

María y Antonio han decidido ponerle punto y final a su vida. Poco a poco, tendrán que ir descubriendo cómo se hace esto de morir y cómo esta decisión afecta a las personas de su alrededor. Mientras tanto, Lorenzo y Meli lidian con las inseguridades de pareja. Y en medio de todos estos dimes y diretes aparece Olilí; la luz, la esperanza, la comprensión, ante el bello arte de vivir que también es morir.

Esta, no es una historia entre eutanasia si o eutanasia no. Esta, es una “historia/bolero” de vida, este “bolero/historia” es un baile que necesita de escucha y reflexión.

Elegir cuándo y cómo poner el punto y final a nuestra vida quizá sea el acto más valeroso de cuantos existen, pues nos adelantamos al designio de las estrellas. Así aprenderemos a decirnos adiós.

Notas importantes:

- Durante toda la representación tienen que sonar de fondo boleros (cubanos, a ser posible), pues esta es una obra de teatro musicalizada, que no un musical. Los personajes, pueden aprovechar cualquier momento para canturrear y o bailar cuando sientan la necesidad. Es más, la acción puede ser interrumpida por cualquiera de los personajes cuando resulte “interesante” destacar la letra de algún bolero. Esto queda al criterio de la dirección escénica y a la sensibilidad del elenco, quienes, al fin y al cabo, encarnan estas vidas.
- Utilizo *entran*, cuando los personajes acceden a la escena, y *salen*, cuando se van de la misma.
- Este símbolo (.../) nos indica que las réplicas se solapan.
- Los puntos suspensivos al final de verso, dejan la frase “abierta”.
- María y Antonio tienen esa edad en la que todo ya está hecho.
Meli y Lorenzo son la esperanza.
Olilí, es magia, lo es todo.

1.

(Durante la entrada del público suenan boleros cubanos ya que tenemos que ir poniéndonos a tono. Luz sobre la escena. Pequeño apartamento con lo justo para una pareja en un edificio cualquiera. En el centro del foro, un minúsculo distribuidor que da al baño y a la única habitación. A la derecha, una pequeña cocina integrada en el salón de la cual vemos una parte interior a través de la barra americana. Dos taburetes altos. A la vista y más a la derecha, puerta que da al rellano del sótano. Esta puerta es difícil de abrir, se atranca constantemente. A la izquierda, un ventanal que da a un pequeño patio interior. Entre el ventanal y el distribuidor una enorme estantería llena de vinilos y un tocadiscos. En escena, María y Antonio junto a un calendario que cuelga cerca de la barra americana.)

María, gran ama de casa, siempre ha sido el pilar de la familia y, sobre todo, de Antonio. De carácter juiciosa pero alegre, siempre mantiene la serenidad. Evita los conflictos y eso a veces le da problemas. Casi siempre tiene que apostillar las intervenciones de Antonio, normalmente justificándolo con cariño.

Antonio, bedel ejemplar ya jubilado. Le caracteriza un muy particular sentido del humor, pero la comedia, a veces, esconde algo más. Siempre consigue lo que se propone, aunque sus metas nunca son muy altas, aspecto que siempre irrita a su hijo.)

María: Mi amor, ¿estás decidido?

Antonio: Claro que sí. ¿Y tú?

María: Esto va a dar de qué hablar.

Antonio: Que hablen, que de eso se trata. Contigo hasta el final.

(María señala en rojo el que será el próximo sábado. Bailan con la elegancia y el placer que da ser realmente feliz. Poco a poco, oscuro.)

2.

(Nuevo día, nuevo bolero. María entra desde la habitación, con una lechuga en la mano.)

María: Virgen santa, que manía has cogido con guardar las lechugas debajo de la cama. *(Entra en la cocina.)*

Antonio: *(Desde el baño.)* En la nevera ya no había sitio. Después del frigo, es el sitio más fresquito de la casa.

María: Antonio, date prisa que están a punto de llegar.

Antonio: *(Desde el baño.)* Ya voy. Me quedan un par de minutos.

María: *(Para sí.)* Y ahora...esto, al horno. *(Mete una bandeja dentro del horno.)*
¡Joder, que me quemo con el fuego!

(Entra Antonio a medio afeitarse con la toalla por la cintura.)

Antonio: *(De un lado para el otro, pero sin hacer nada.)* ¿Fuego? Coge el bote con las pastillas, yo llamo a los bomberos...

María: Antonio.../

Antonio: ¿Dónde está mi móvil?

María: Antonio.../

Antonio: *(Peleándose con la puerta de la calle.)* Maldita puerta. *(Por fin se abre.)*
¡Que aún no es el momento!

María: *(Le tira un vaso de agua.)* Antonio, hijo, ¿dónde vas?

Antonio: ¿No has gritado fuego?

María: Anda, cierra la puerta que al final te meten en un manicomio.

Antonio: Ya les gustaría. *(Con la puerta de la calle abierta, se abre la toalla hacia el rellano.)* ¡Aquí tenéis el fuego!

(Lorenzo, aparece en la puerta. Antonio se asusta al verle y se le cae la toalla al suelo. Lorenzo, funcionario mediocre, es una persona apagada y gris, que va siempre de aquí para allá con su bolso-tupper y su mochila. De condición cobarde, le cuesta mucho encajar los cambios.)

Lorenzo: Papá, ¿qué haces? ¿Qué recibimiento es este?

Antonio: Tu madre, que me enciende. *(Recogiendo la toalla del suelo.)*

María: *(Sale con unas tijeras de cocina enormes.)* Antonio, guarda la manguera o le doy a la sequía. Y acaba de afeitarte, haz el favor.

Antonio: Me voy con la manguera a otra parte. *(Se pone la toalla como si fuera su miembro y vuelve al baño.)*

María: Hola hijo mío. ¿Cómo has entrado?

Lorenzo: Me he encontrado en la puerta con el vecino del cuarto. *(Por su padre.)* Recordáis que tenéis vecinos, ¿verdad?

María: No te preocupes por los vecinos, nunca bajan al sótano, les da grima. Que puntualidad.

Lorenzo: Cómo no voy a ser puntual cuando tu madre te dice: queremos hablar contigo. *(Le da dos besos a su madre.)*

María: Estás muy delgado.

Lorenzo: Estoy como siempre.

Antonio: *(Desde el baño.)* Ya sabes que tu madre es muy enigmática cuando quiere.

Lorenzo: *(A su padre.)* Cuidado con la navaja, bombero torero.

Antonio: *(Desde el baño.)* ¡Ya sabes lo que dicen de los enanos!

María: Hijo, hace más de seis meses que no vienes a vernos.

Lorenzo: He tenido mucho trabajo, ya sabes.

María: Lo único que sé es que siempre vas con esa fiambarrera de aquí para allá.
Hoy es domingo. *(Vuelve a la cocina.)*

Lorenzo: ¡Anda, pero si es verdad! Es la costumbre. *(Deja la mochila en el suelo y se quita el bolso-tupper.)* Mamá, ¿has preparado arroz al horno?

María: Claro, el plato preferido de mi chiquitín.

Lorenzo: *(Impaciente.)* ¿Qué pasa, mamá? ¿Tienes cáncer?

María: Pero, ¿qué dices? ¿A qué viene eso?

Lorenzo: *(Para sí.)* Lo sabía. ¿Desde cuándo lo sabes?

María: Que no es eso. Bueno, que yo sepa.

Lorenzo: *(Paseándose por la casa.)* ¿Entonces qué es?

María: No es nada de enfermedades. De salud estamos bien.

Lorenzo: Algo me ocultas, os noto raros. Estáis como... más felices de lo normal.
(Por el calendario.) ¿Qué hacéis el sábado?

María: Te lo contamos en un momento. *(Le da un mantel.)* Toma, pon la mesa.
Ya sabes dónde está el resto.

Lorenzo: Si lo que me tenéis que contar, es que os vais a una residencia, creo que no hace falta tanto misterio. Seguro que encontraréis una residencia más grande que este apartamento.

Antonio: *(Desde el baño.)* Las residencias españolas son composteras humanas.

(Entra Antonio. Viste con pantalón y camisa típica cubana. Sombrero y puro, al estilo del Che.)

Antonio: ¿Qué os parece mi nuevo look?

Lorenzo: Estoy flipando.

María: ¿A qué está muy guapo? Lo encontramos en Wallapop.

Antonio: *(Paseándose.)* Siempre había querido vestirme así.

María: *(Saliendo de la cocina.)* Dile que está muy guapo.

Lorenzo: Estás muy...en serio, ¿qué está pasando aquí?

Antonio: *(Cambia el disco del tocadiscos.)* Ay Lorenzo, las residencias son carreteras secundarias de coches viejos sin ITV.

Lorenzo: Que bruto eres papá. Hoy en día las residencias han cambiado mucho.

Antonio: ¿Sí? ¿En cuántas has estado?

María: Bueno, ya está todo preparado. Voy a cambiarme. *(A Antonio.)* Ayuda a tu hijo a poner la mesa, y sin rechistar. *(Se va a la habitación.)*

Lorenzo: Estáis muy raros. Papá, ¿por qué te has vestido así?

Antonio: La pregunta correcta es, ¿por qué no lo había hecho antes? Hoy tenemos invitados “especiales”.

Lorenzo: ¿Invitados especiales?

Antonio: Sí. Toma. *(Le pasa cuatro vasos.)*

Lorenzo: ¿Cuatro? Papá, ¿quién viene a comer?

Antonio: ¿Qué tal el trabajo?

Lorenzo: *(Respira hondo.)* El trabajo, como siempre. Nos bajan el sueldo y aún nos deben las tres últimas pagas extras.

Antonio: Lorenzo, el trabajo no puede ser solo un sueldo. El trabajo tiene que dignificar.

Lorenzo: (*Suspicaz.*) Pero si fuiste tú quien me insistió en que buscara un empleo seguro. (*Imitándole.*) Lorenzo, busca un empleo seguro, hazte funcionario. Para incertidumbres ya está la salud.

Antonio: Pues ahora te digo que lo dejes. Como dice Celia Cruz: vive la vida con sabor... (*Canturrea la canción que esté sonando y bailando se va hacia la cocina.*)

Lorenzo: ¿Sabor? Pero ¿qué pasa aquí? Estáis muy raros, de verdad.

(*Suena el telefonillo.*)

Antonio: (*Desde la cocina.*) Mira a ver quién es.

Lorenzo: Cómo sea quien yo me sé... (*Al telefonillo.*) ¿Sí? Hola Meli, te abro. (*Cuelga el telefonillo. Nervioso.*) Os mato, a los dos, os lo juro.

Antonio: (*Irónico.*) Qué pasa, ¿no podemos invitar a comer a nuestro hijo y a una amiga?

Lorenzo: (*Intenta peinarse y se arregla la ropa.*) Demencia senil, eso es lo que os pasa.

Antonio: Toma. (*Le tira un paño desde la cocina.*) Hazle el recibimiento bombero.

Lorenzo: Papá, no te pases.

Antonio: ¿O es que no has heredado los genes “enanos”?

Lorenzo: (*Le devuelve el paño con fuerza.*) Papá, no me gustan estas bromas.

(*Llaman a la puerta.*)

Antonio: (*Burlón.*) Uy. ¿Quién será, será?

Lorenzo: Chocheas papá. Chocheas y lo sabes. De aquí a cuatro días te meas en los calzoncillos.

(Lorenzo, entre enfadado y nervioso, se pelea con la puerta, hasta que de un tirón la abre y se golpea. Entra Meli.)

***Melisa**, trabajadora social encomiable, es una chica estupenda. Simpática, divertida, y como su propio nombre indica: dulce como la miel. Es un regalo para todos los que la conocen. Sigue enamorada de Lorenzo, pues el amor no entiende de raciocinio. Trae una maceta con tulipanes rojos.)*

Lorenzo: *(Con las manos en la nariz.)* ¡Joder!

Meli: Lorenzo, ¿estás bien?

Lorenzo: Sí, no es nada. Casi no me ha dado.

(Silencio mentiroso.)

Meli: Hola Loren.

Lorenzo: Hola.

Meli: Dos besos, ¿no?

Lorenzo: Sí, perdona. *(Se besan.)* Es que no sabía que venías a comer y me ha pillado por sorpresa.

Antonio: *(Sale de la cocina.)* Hola, Melisa. *(Le da un giro de baile y la abraza.)* Estás preciosa. *(Sin soltarla, da una patada “tanguera” a la puerta y la cierra.)* Voy a cerrar no vaya a ser que éste, con tanta sorpresa, se nos escape.

Meli: Antonio, estás muy guapo.

Antonio: Gracias.

Lorenzo: Están muy raros, eso es lo que están. Voy a por una cerveza. ¿Queréis una?

Antonio: Por supuesto.

Meli: Sin alcohol, gracias.

(Lorenzo se va a la cocina.)

Antonio: Deme su bolso señorita.

Meli: Gracias, caballero.

(Entra María. Se ha puesto un vestido blanco y unos zapatos azul cielo. Nos recuerda a Marilyn Monroe en aquella famosa escena de la rejilla del metro.)

Antonio: ¡Guau!

Meli: María, estás guapísima.

María: *(Tímida.)* ¿Os gusta? Decidme la verdad.

Antonio: Eres la *María Monroe* más guapa de este país.

Meli: Para ti. *(Le da los tulipanes rojos y se besan.)*

María: Tulipanes rojos, mis preferidos. *(A Lorenzo.)* A ver si aprendes: de detallitos se compone el mundo.

Lorenzo: *(Desde la cocina con una lata de cerveza en la nariz.)* Estás muy guapa mamá, de verdad. *(Repartiendo latas de cerveza.)* Aquí os dejo vuestras cervezas.

María: Ay Lorenzo, hijo. Ofrece vasos, que no estamos en una *botellona* de esas.
Ya lo hago yo. (*Se va a la cocina a por los vasos.*) Estos tulipanes quedarán de maravilla aquí. (*Los deja sobre la barra americana.*)

Antonio: (*Falsamente ofendido.*) Beber en latas, ¿a quién se le ocurre? (*A Lorenzo.*)
No tienes modales.

Lorenzo: (*Sentándose en el pequeño sofá y con la lata aún en la nariz.*) Soy un mal educado, pídanles cuentas a mis creadores.

Meli: Hay que regarlos de dos a tres veces por semana. Bueno, eso me han dicho.

María: Mucho riego me parece ese.

Meli: Es porque van a estar en interior.

Lorenzo: Bueno, ¿qué? ¿Nos contáis la noticia ya, o tenemos que esperar al postre?
(*Abre su lata de cerveza.*)

Antonio: Nos vamos.

(*Silencio.*)

Lorenzo: ¿Cómo que os vais?

Antonio: (*Buscando las palabras.*) Sí, que hemos decidido.../

María: (*Entra con una bandeja, los vasos y las cervezas.*) Antonio, hijo, siempre con tus prisas. Esto no se puede contar, así como así. (*Deja la bandeja en la mesa baja.*)

Lorenzo: ¿Papá tiene cáncer?

María: Que no, cansino. ¡Qué pesado estás con lo del cáncer!

Lorenzo: ¿Sida?

María: Pero, ¿qué dices?

Lorenzo: Yo qué sé. Me he venido arriba. ¿Alzheimer?

María: Eso es muy probable, pero aún no se lo han diagnosticado.

Antonio: Lo que tengo es.../

María: Que te calles. ¡Que os calléis los dos! (*Respira hondo. Busca por dónde comenzar.*) Hay un momento en la vida, en que notas que las cosas han llegado...¿arriba? Después de una vida llena de cosas buenas y cosas malas, sientes la necesidad de...¿escapar? Te revuelves contra la inutilidad de envejecer y piensas...buscas otras opciones. (*A Meli y Lorenzo.*) ¿Me seguís? (*Los dos niegan con la cabeza.*) La decisión que hemos tomado, no va a gustar. Tenéis que saber que lo hemos meditado mucho y que es definitivo. A ver, que me despisto, la decisión que hemos tomado quizá no...no tenga un fácil encaje...¿social? Solo queremos un poco de solidaridad y...¿empatía? Existen procedimientos para...digamos...como si...poner fin a... (*No sabe cómo seguir. Resignada.*) Antonio, dispara.

Antonio: Nos vamos a suicidar.

(*Silencio de esos en los que se oyen muchas cosas.*)

Meli: ¿Qué?

Lorenzo: (*Atónito, se pone la lata en la nariz y echa la cerveza por la cara.*) ¡Joder! Mi camiseta preferida. Está claro que no era ni cáncer, ni nada de eso. Es demencia. ¡Locura senil! Pero, ¿qué tonterías estáis diciendo?

María: Un momento, Lorenzo. Sabemos que no es fácil de encajar esta noticia, pero vivir tampoco es un deber absoluto. Deja que te lo explique.../

Lorenzo: *(Limpiándose con la camiseta.)* ¿Fácil de encajar? ¿Deber absoluto? Yo estoy flipando.

Antonio: Os contamos esto porque nos gustaría poner punto y final a nuestra vida de una manera...bonita.../

Lorenzo: *(Arrogante.)* Muy bonita, claro que sí. Si queréis podemos hacer una fiesta: la fiesta de los suicidas seniles.

María: Lo que tu padre intenta explicarte.../

Lorenzo: Pero si acabáis de decir que ya está todo decidido, ¿de qué tenemos que hablar?

Meli: Loren, vamos a escucharlos. Tendrán sus argumentos.../

Lorenzo: *(A Meli.)* ¿Tú sabías algo?

Meli: A ver... Un día vi un bote lleno de pastillas...y por un momento pensé que...pero luego me dije que no, que eso era imposible.

Lorenzo: Pues sorpresa: suicidio a la vista. Mirad, creo que mejor me voy. Porque visto lo visto, aquí soy el último mono en enterarse de las cosas. *(Coge la mochila y su bolso-tupper.)* Conmigo no contéis para esta...para esta... ¡Que os aproveche el arroz! *(Intenta abrir la puerta, pero ésta se resiste. Al final le da una patada y se abre. Sale dando un portazo.)*

María: ¡Lorenzo, hijo, el arroz!

Meli: Creo que yo también me voy a ir. No me encuentro muy bien.

María: ¿Quieres llevarte un poco de arroz?

Meli: *(Cogiendo su bolso.)* No, da igual. Me paso a veros en unos días. *(Besa a María.)*

Antonio: Espera, te abro. Esta puñetera puerta tiene truco. *(A duras penas, abre la puerta.)*

Meli: *(Besa a Antonio.)* La vida es muy bonita.

Antonio: Hasta que deja de serlo, mi niña.

(Sale Meli y Antonio cierra la puerta.)

María: Vaya desastre.

Antonio: ¿Se puede estar loco y senil a la vez? *(María mira a Antonio como diciendo: ¿por qué a mí?)* Pues yo un platito de arroz sí que me voy a comer... *(Poco a poco, oscuro.)*

3.

(Nuevo bolero. Antonio, en pijama, tacha un día más del calendario. Se sienta en el pequeño sofá y teclea en su pequeño portátil.)

Antonio: Cariño, escucha. Si pones en internet: suicidio, te sale un cartelito que dice:
¿Necesitas ayuda? Teléfono de la esperanza.

¿Llamamos?

María: *(Desde la habitación.)* No se te ocurra llamar que te conozco. No molestes a la gente. ¡Oye, pon acoso sexual, a ver que sale! No, no, pon precariedad laboral. Mejor, pon; no tengo para comer, a ver si hay cartelito.

Antonio: Nada. Solo anuncios de Amazon.

María: *(Desde la habitación.)* Hay que inventar el teléfono de la dignidad.

Antonio: Qué razón tienes. Tendrías que haber sido política.

María: *(Sacando la cabeza desde el distribuidor.)* Retira eso ahora mismo.

Antonio: *(Asustado.)* Me refiero a que se te da muy bien preocuparte por los demás.

María: Entonces todas las mujeres de este país tendrían que ser políticas, dado que somos las únicas que de verdad nos preocupamos por la gente. *(Vuelve a la habitación.)*

Antonio: Tiene mi voto, señora presidenta. *(Para sí mismo.)* A ver. *(Tecleando en su pequeño portátil.)* Tipos de suicidio. *(Leyendo en voz alta para que María le escuche.)* Los métodos de suicidio más comunes varían por país. *Tipos de suicidio según la motivación. El suicidio como llamada de atención.*

María: *(Desde la habitación.)* Ese no es el nuestro. Nosotros ya no le interesamos a nadie.

- Antonio: *(Leyendo.) Como huida. Generalmente se da de forma impulsiva y sin grandes planificaciones previas.*
- María: *(Desde la habitación.) Ese tampoco.*
- Antonio: *A ver este. (Leyendo.) Suicidio de balance. Suicidio llevado a cabo por personas que intentando hacer frente a una situación conflictiva y dolorosa, deciden tras hacer un balance que continuar viviendo no supone ningún tipo de ganancia. Suele observarse en ancianos y personas con limitaciones serias.*
- María: *(Sacando la cabeza desde el distribuidor.) Ese es el final que querrían la mayoría de rehenes de las residencias y habría que llamarlo: suicidio por nostalgia.*
- Antonio: *O suicidio por compasión. (Sigue leyendo.) Hay métodos de suicidio muy drásticos. Destacan la electrocución, el uso de armas de fuego, ahogarse, prenderse fuego, cortarse las venas, ahorcarse, estrellarse con el coche, saltar desde un precipicio, envenenamiento por pesticidas...*
- ¡Ay que me mareo!
- María: *(Aparece con un insecticida y una lechuga pocha.) Antonio, este insecticida está a punto de acabarse. (Rocía un poquito a Antonio.) Te dije que poner las lechugas debajo de la cama, no era buena idea. (Va a la cocina a tirar la lechuga.) Ya preparo yo el desayuno. ¡Ay qué ganas tengo de morirme!*
- Antonio: *Joder, qué peste. Pobres insectos. (Descubre algo en internet.) Esto parece interesante. Escucha. (Leyendo.) Bolsa de suicidio. La bolsa o capucha de suicidio es un dispositivo de suicidio consistente en una bolsa de plástico de tamaño suficiente para introducir la cabeza hasta el cuello y con un*

cordón para ajustar el sellado, usada para cometer suicidio mediante asfixia por inhalación de un gas inerte.

¿Inerte? ¿El insecticida es inerte?

María: Tu cerebro sí que es inerte.

Antonio: *(Sigue leyendo.) Normalmente se utiliza un gas como el helio o el nitrógeno que previenen del pánico, el forcejeo y las convulsiones durante un estado de inconsciencia (respuesta hipercapnia) causado por la privación del oxígeno en presencia de dióxido de carbono. Este método también hace que la causa de la muerte sea difícil de rastrear si la bolsa y el tubo que insufla el gas se retiran antes de que se informe de la muerte. (Acercándose a la barra americana.) ¿Tenemos bolsas de basura?*

María: *(Aparece María con una bolsa de basura azul en la cabeza y le asusta.)*
¡Ah! Soy el monstruo del reciclaje.

Antonio: ¡Joder! Qué susto. Espera, no te muevas. *(Antonio deja el portátil y entra a la cocina. Se pone otra bolsa en la cabeza.)*

María: A ver qué se te ocurre ahora.

Antonio: Me he puesto otra bolsa. Ahora somos como el cuadro ese de los amantes que tanto te gusta. *(Se besan a lo Magritte.)*

María: *(Abrazados y felices como el primer día.)* ¿Hacemos lo correcto?

Antonio: Eso da igual mi amor. Que blandita estés.

María: Estás tocando la lechuga pocha.

Antonio: *(Ardiente.)* Tú pon tu lechuga que yo pongo la salsa.

María: *(Le quita la bolsa y se quita la suya.)* Anda Chicote, vuelve a tu investigación.

Antonio: Guapa. *(Le besa y vuelve al portátil.)*

Oh, escucha. *(Leyendo.) La muerte dulce. La muerte dulce es como se llama a la muerte por inhalación de monóxido de carbono. Se llama la muerte dulce porque la persona que muere no sufre. Al respirar el gas, la víctima se va adormeciendo lentamente incapaz de reaccionar ni de moverse. Según informes realizados en casos de intoxicaciones por monóxido de carbono (conocido como CO), la víctima en muchos casos puede ser consciente de que no está bien, pero la desorientación y el adormecimiento que el CO produce en su organismo le impide salir del edificio o pedir ayuda.*

María: Eso es para nosotros. Baja a la farmacia y pide un poco de “CO” de ese.

Antonio: Como política, un diez. Como suicida, mejor déjame a mí.

María: Muy bien, pero yo no quiero sufrir, eh. Quiero morirme a gustito. Para sufrimiento ya te tengo a ti.

Antonio: A gusto me voy a quedar yo cuando te.../

María: *(Le tira la lechuga pocha desde la cocina.)* ¿Decías?

Antonio: Bueno, voy a llamar a los de la funeraria. Y después al notario.

María: *(Se sienta en el sofá con el desayuno.)* Perfecto. La presidenta, se va a tomar un cafecito, mientras su secretario le prepara el sepelio.

Antonio: ¿Dónde dejé la libreta con los teléfonos?

María: En la habitación.

Antonio: Qué haría yo sin las neuronas de mi señora. *(Sale.)*

María: Conversar con tu eco.

Antonio: *(Desde la habitación.)* Cuanto más ordenas las cosas, menos las encuentro.

María: En el cajón de la mesita.

Antonio: *(Desde la habitación.)* Aquí solo hay consoladores y bolas japonesas de esas.

María: ¡En tu mesita, no en la mía!

Antonio: *(Entra con la libreta y un consolador: Satisfyer.)* ¿Qué es esto?

María: Un *Satisfyer*.

Antonio: ¿Un qué?

María: *(Respira hondo.)* Un *Satisfyer*.

Antonio: Y esto ¿para qué sirve?

María: Pues no lo sé. Te dije que me parecía bien que probásemos “cosillas nuevas” antes de morirnos, pero nunca pensé que aparecerías con un surtido de juguetitos eróticos que no sabemos ni cómo se encienden.

Antonio: *(Sin querer enciende el Satisfyer.)* Qué raro. Este no vibra. A ver... *(Se lo acerca a la nariz y le absorbe el labio superior.)* Mierda... *(Se estira el labio y al final consigue soltarse.)* Esto es demasiado para mí.

María: Trae, anda, trae. *(Le quita el consolador.)* Que ya averiguaré yo como se usa.

Antonio: Hasta para morir hay que tener cierta habilidad.

María: Y para otras cosas también hace falta cierta habilidad.

Antonio: *(Ojeando la libreta, marca en el teléfono fijo que hay sobre la pequeña mesa.)* No sé a qué te refieres.

María: Asegúrate de que llamas a la funeraria. A ver si vas a llamar al urólogo y... *(Hace un gesto de abajo arriba con el Satisfyer.)*

Antonio: *(Le da un escalofrío.)* Mmmmmmm qué gustito.
Hola, ¿estoy llamado a la funeraria? Genial, un momento... *(Tapa el auricular con la mano.)* María, ¿qué le pregunto?

María: Dile que nos queremos suicidar.

Antonio: *(Al teléfono.)* Oiga...mire lo que nosotros queremos es.../

María: *(Quitándole el teléfono.)* Por el amor de Dios, de verdad que pareces tonto.

Antonio: *(Agobiado.)* Perdona por no saber cómo se gestiona un suicidio.

María: *(Paternal.)* A ver, retrasadito, dile que queremos dejar preparado todo lo concerniente a nuestro fallecimiento. *(Le devuelve el teléfono.)*

Antonio: *(Al teléfono.)* ¿Sigue ahí? Sí, genial. A ver, *(Imitando a María.)* ¿sería usted tan amable de explicarme los pasos a seguir para preparar todo lo concerniente a nuestro fallecimiento? Sí...sí...un momento que pregunto a la muerte, que la tengo sentada aquí a mi lado...sí, mi mujer, exacto.

María: *(Le da con la mano.)* Ojalá te pudras en el infierno.

Antonio: Ojalá que exista, allí tiene que haber mucho ambiente. *(Al teléfono.)* ¿Hola? Un segundo. *(A María.)* A ver, me pregunta qué si tenemos seguro de decesos.

María: Dile que somos pobres. Que tenemos lo justo para morirnos.

Antonio: *(Al teléfono.)* Que dice mi señora que somos... *(Se da cuenta que no tiene que repetir lo que su mujer le vaya diciendo.)* No, no tenemos seguro...vale, creo que será lo mejor. *(Tapa el auricular.)* Que nos va a ir diciendo paso a paso todas las opciones que tenemos... *(Al teléfono.)* Un segundo... *(Tapa el auricular.)* ¿Queremos servicio de recogida?

María: *(Irónica.)* ¡Antonio, alguien tendrá que venir a buscarnos, porque nosotros no vamos a estar para ir por nuestra cuenta a ningún sitio! Concéntrate, ¡por favor!

Antonio: Perdona, es que estoy un poco nervioso. *(Al teléfono.)* Sí, queremos servicio de recogida...para los dos, claro...sí. ¿Podríamos ir los dos en el

mismo ataúd? Claro...claro...un momento que pregunto. (*Tapa el auricular.*) Me pregunta que por qué hablo en plural. Que lo normal es que primero muera uno y después el otro.

María: (*Sarcástica.*) Dile que tú no sabes morirte y que yo te voy a ayudar. (*Para sí.*) Virgencita, si existes, guárdame un sitio allí arriba, que me lo he ganado.

Antonio: (*Al teléfono.*) Dice mi señora que... (*Recula de nuevo. Al teléfono.*) Perdona, es que estoy un poco...alterado, sí...recogida individual. Un segundo. (*Tapa el auricular.*) Me pregunta que qué tipo de acondicionamiento sanitario queremos.

María: ¿Cuántos hay?

Antonio: (*Al teléfono.*) ¿Cuántos hay? Entiendo...vale...claro, claro...un segundo. (*Tapa el auricular.*) Dice que en cada tanatorio lo hacen de una manera distinta pero que en definitiva es vaciar el cadáver de fluidos, y que en caso de que queramos velatorio, tienen que maquillarnos.

María: Ay, pues ahora mismo no sé. ¿Tú quieres velatorio?

Antonio: Yo ya no sé ni si quiero morirte. Que complicado es todo esto.

María: Dile que lo tenemos que pensar. Que pase al siguiente punto.

Antonio: (*Al teléfono.*) Esto queremos pensarlo. ¿Cuál es el siguiente punto? Sí...esto es fácil...claro...un segundo. (*Tapa el auricular.*) Qué si tenemos servicio de gestoría.

María: (*Aburrida.*) No tenemos.

Antonio: (*Al teléfono.*) No tenemos...un segundo. (*Tapa el auricular.*) Qué si hemos hecho testamento.

María: (*Resoplando.*) ¿Sobre qué?

Antonio: *(Al teléfono.)* ¿Sobre qué? *(Tapa el auricular.)* Sobre lo que tengamos.

María: ¡Que no tenemos de nada!

Antonio: *(Al teléfono, confundido.)* ¡Que no tenemos de nada! Perdón...sí, creo que será lo mejor...vale...sí, claro...cuando mejor le vaya...me llamo Antonio...calle roble 8...sí...muchas gracias...a usted. *(Cuelga el teléfono. Se levanta y va al baño. María lo mira esperando alguna explicación.)*

María: Antonio, ¿estás bien?

Antonio: *(Desde el baño.)* Sí, es que con tanto hablar de la muerte y de fluidos me han entrado ganas de cagar.

María: Hijo, no hace falta que seas tan explícito. Pero entonces, ¿qué te ha dicho?

Antonio: *(Desde el baño.)* Nos enviarán un comercial y así nos lo explican mejor.

María: Pero qué torpes somos. ¡Ni morir sabemos!

(Suena el telefonillo.)

Antonio: *(Desde el baño, haciendo mucha "fuerza intestinal".)* Pues sí que son rápidos estos los de la funeraria.

María: La muerte siempre tiene prisa. *(Al telefonillo.)* ¿Sí? Hola hijo. Sí claro, sube. *(A Antonio.)* Es tu hijo.

Antonio: *(Desde el baño.)* ¿Qué hijo?

María: ¿Cómo que qué hijo? Pues el único que tienes.

Antonio: *(Desde el baño, ya más relajado.)* Me refiero, que qué quiere.

María: Dice que de casualidad pasaba por el barrio y que se ha acercado a vernos.

Antonio: *(Entra al pequeño distribuidor con los pantalones y calzoncillos bajados.)*

Sabes lo que quiere, ¿verdad?

María: No seas guarro. ¡Qué peste!

Antonio: *(Irónico.)* Viene a por la herencia.

María: La única herencia que le vas a dejar es lo cochino que eres. Haz el favor de cerrar la puerta y subirte los pantalones.

Antonio: Creo que me he olvidado algo. ¡Anda, si no me he limpiado el culo!
(Vuelve al baño como un niño enfadado con los pantalones por los tobillos.)

María: *(Para sí misma.)* Herencia dice, si llevamos toda la vida de alquiler. Tendrá que conformarse con cuatro perras. Como hicimos nosotros.

(Llaman a la puerta. María se pelea con la puerta y cuando consigue abrirla, entra Lorenzo. Como siempre, llega con su bolso-tupper y la mochila. Sorprendentemente, está de muy buen humor.)

Lorenzo: Hola. *(Da dos besos a su madre.)* ¡Qué peste! ¿Papá en el baño? *(Alzando la voz.)* No se te ocurra salir con los pantalones bajados que ya nos conocemos.

(Antonio tira de la cadena y entra.)

Antonio: *(Abriendo los brazos.)* ¿No hay besos para tu padre? *(Chistoso.)* Espero no haberme meado en los calzoncillos. *(Se huele los dedos y hace que huelen)*

mal.) Lo que se me ha olvidado es lavarme las manos. (*Con retintín.*) Ya empiezo a chochar.

Lorenzo: No seas asqueroso, que hoy vengo de buen humor.

María: (*A Lorenzo.*) Cariño, ¿ha pasado algo? Hace por lo menos diez años que no vienes a vernos entre semana.

Antonio: Vino cuando te rompiste la cadera...hace unos cinco años. Ah no, calla, que tenía una reunión importante y no pudo venir. Eso sí, pidió la ambulancia.

María: ¡Que te calles! Que chinchón eres. Deja hablar al chico.

Lorenzo: Venga, os digo la verdad. El otro día os traje un regalo, pero con lo de vuestra super noticia, se me olvidó dároslo. Mirad. (*Se quita la mochila y saca un disco de vinilo.*) Os lo he comprado por internet. Solo hay cien ejemplares en todo el mundo. Antonio Machín. Se titula: Esperanza. Voy a ponerlo. (*A parte.*) A ver si se os pega algo. (*Se va al tocadiscos y lo pone.*) ¿Nunca habéis pensado ir a Cuba? Es el reino del bolero.

Antonio: Mejor el mito que el delito. Sin sorpresas. Imagínate que nos vamos a Cuba y resulta que no nos gusta.

Lorenzo: Joder, visto de esa manera. Por cierto, me quedo a comer.

María: Pues estás de suerte, aún queda arroz del otro día.

Lorenzo: Genial.

María: Loren, ¿y el trabajo?

Lorenzo: Me he pedido el día libre.

María: ¿Y por qué vas con la fiambra?

Lorenzo: Es la costumbre, mamá. La llevo vacía. (*Se la quita.*)

María: Ya, claro. (*Pausa.*) Lorenzo, ¿qué pasa?

Antonio: *(Con sorna.)* ¿Tienes cáncer? ¿Diabetes? ¿Caries?

Lorenzo: Mamá, sabes que suelo ir de frente.../

Antonio: De frente a frente y tiro porque me arrastra la corriente. Vale, ya me callo.

María: Loren, hijo mío, tienes muchas cualidades, pero ir de frente no es una de ellas.

Lorenzo: Me he pasado por varias residencias.

Antonio: Y dale otra vez con la murga de las residencias.

María: *(Dándole una revista a Antonio.)* Entretente, chiquitín. *(A Lorenzo.)* Lorenzo, ya hemos hablado de eso.

Lorenzo: Os lo pido por favor. ¿Podéis escucharme un momento? Creo que tenéis una idea equivocada de lo que son hoy en día las residencias.

María: Venga, tienes razón, te escuchamos. *(Tapa la boca a Antonio que estaba a punto de protestar.)*

Lorenzo: *(Sacando un buen taco de folletos.)* Mirad, he buscado información de residencias cercanas.../

María: ¿Cercanas? Has traído folletos de todas las residencias de la provincia.

Lorenzo: ¿No barajáis la opción de cambiar de comunidad? Entonces hay que quitar este montón. *(Quita una parte del taco.)* He dado más vueltas que el pedo de un caracol.

María: Me parece a mí.../

Lorenzo: ¡Sin interrumpir! *(Coge un folleto.)* Mira, he estado haciendo números y según vuestra pensión, la mejor opción sería esta: Residencia Retiro Dorado. Tiene piscina, baño privado en cada habitación, actividades todos los días, wifi.../

Antonio: *(Sin dejar de mirar la revista.)* ¿Wifi? ¿Dime una sola cosa buena que no quede ensombrecida por todas las atrocidades que pasan en internet?

Lorenzo: *(Haciéndose el sordo.)* Cada dos meses se programan excursiones. Y lo mejor; tienen servicio hospitalario las veinticuatro horas. La medicina moderna ha cambiado mucho. Envejecer no tiene por qué ser doloroso, existen fármacos muy efectivos. ¿Qué os parece?

Antonio: ¿Tiene servicio de limpia culos?

María: Me parece muy bonito lo que haces por nosotros. Pero, ¿te has fijado en el nombre?

Lorenzo: ¿Qué le pasa al nombre? Residencia Retiro Dorado.

María: Ya veo que no lo ves, pero es normal. No queremos aislarnos, Loren. ¿De verdad quieres recordarnos como dos vejstorios silenciados a base de pastillas? Lorenzo, la relación con la muerte es algo muy particular. Cuando uno es joven, no ve esas cosas. Nosotros queremos ser dueños de nuestra vida y de nuestra muerte. ¿Sabes por qué? *(Lorenzo niega con la cabeza.)* Porque si vivir es una honra, morir no puede ser un castigo.

Antonio: Hoy en día, la muerte es un fracaso para los médicos.

María: Por eso, la enfermedad es lo más importante. Más que el paciente.

Antonio: Ensañamiento, eso es lo que es. Nosotros no vamos a llegar a ese punto.

Lorenzo: ¿Entonces ya nadie va a llegar a viejo? ¿Qué anarquía es esta? Puestos a pedir, que desaparezca la sanidad, si ya no hará falta curar. Al que dé problemas, al hoyo. El efecto dominó sería imparable.../

Antonio: *(Sin dejar de mirar su revista.)* Mirar que receta más rica de doradas al horno. *(Burlón.)* Residencia la Dorada Retirada.

María: *(A Antonio.)* Malo, malo, malísimo. A ti sí que tendrían que darte algún fármaco de esos. *(A Lorenzo.)* Vamos a comer que nos dan las tantas. Entre semana comemos en la mesa baja. Montar la grande es un lío. *(Se va a la cocina.)*

Lorenzo: Os dejo por aquí los folletos. Echadles un ojo, no descartéis la opción tan a la ligera. *(Ayuda a poner la mesa.)*

Antonio: Voy un segundo al baño. Tanto mar, me ha dado ganas de mear. *(Sale.)*

Lorenzo: Eso se llama incontinencia urinaria.

Antonio: *(Desde el baño.)* Se llama, hijo cabrón.

María: ¿Qué tal con Meli? ¿Cuánto hacía que no os veíais?

Lorenzo: Esa es otra. Vaya encerrona. ¿Por qué la invitasteis?

María: La invitamos porque es nuestra amiga. Meli viene a vernos de vez en cuando.

Lorenzo: ¿Ah sí?

María: Sí. Como mínimo, una vez por semana.

Lorenzo: ¿En serio? No lo sabía. Parece que no ha podido pasar página.

Antonio: *(Entra con las manos mojadas. Toca la espalda de Lorenzo.)* Al final será próstata, sí. Mira como tengo las manos.

María: ¡Antonio!

Antonio: Perdón. *(A Lorenzo.)* Como no espabiles, te la van a quitar, chaval.

Lorenzo: Meli no es mía, no seas machista.

Antonio: Uy, uy, uy...

María: A ver, parad ya los dos. Sentaos que ya traigo yo lo que falta. *(Antonio y Lorenzo se sientan.)* Lo que tu padre te intenta decir, es que no estás como para dejar pasar a Meli.

Lorenzo: ¿Qué quieres decir con eso? Qué pasa, ¿qué no podría encontrar otra novia?

Antonio: *(Tajante.)* No.

María: Ahí la has clavado.

Antonio: Gracias. *(A Lorenzo.)* Hagamos un trato: si tú me das tres nietos, nos pensamos lo de la residencia.

María: *(Dejando los platos sobre la mesa.)* Aquí tenéis el arroz, y dejaos de tratos imposibles.

Lorenzo: ¿Por qué dices que es imposible? *(Probando el arroz.)* Mmmmm, está riquísimo, mamá.

Antonio: *(Con cierta maldad.)* Disfrútalo porque es el último.

Lorenzo: Ahora en serio. Papá, mamá, ¿estáis seguros de lo que vais a hacer? ¿No tenéis miedo? ¡Os vais a suicidar!

Antonio: Nosotros no queremos suicidarnos. Es el BOE quien nos obliga a hacerlo con sus leyes y decretos.

María: Hijo mío, la vida está sobrevalorada. Lo queremos dejar en nuestro mejor momento. En la cresta de la ola.

Lorenzo: Es muy duro para un hijo escuchar todo esto. ¿Y si os venís a vivir conmigo?

(Antonio se atraganta. Intenta hablar, pero cada vez se ahoga más. María se asusta, le da golpes en la espalda. Antonio intenta hablar con gestos.)

Lorenzo: Mamá, ¿no ves que está fingiendo?

María: Pero si se está poniendo morado. Haz algo Lorenzo.

(Lorenzo le da golpes en la espalda y Antonio se los devuelve. Al final improvisa la maniobra de Heimlich. Antonio escupe un hueso.)

Lorenzo: Ah, pues no estaba fingiendo.

María: *(Preocupada.)* Antonio, ¿estás bien?

Antonio: *(Recuperando el aliento.)* Joder.

María: ¿Qué intentabas decirme?

Antonio: Muerto antes que vivir con éste.

Lorenzo: ¿Prefieres morirte a vivir conmigo?

Antonio: No voy a responder sin la presencia de mi abogado.

(Antonio se recupera y vuelven los tres a la mesa.)

Antonio: *(A María.)* Ya te dije que no pusieras trozos tan grandes.

María: Bebe un poco de agua.

Lorenzo: ¿Y si me vengo yo a vivir aquí con vosotros?

Antonio: *(Escupe el agua que acaba de beber.)* ¡Tú has venido a matarme! ¿Verdad?

María: Lorenzo, aquí no cabes.

Lorenzo: Pues cuando era pequeño sí cabía.

Antonio: Cuando eras pequeño, tu madre y yo tuvimos que dormir en un maldito sofá-cama hasta que decidiste independizarte. No, no, y no. Si quieres, después...te vienes a vivir aquí. *(A María.)* María, nota mental: transferir el contrato de alquiler a Lorenzo.

Lorenzo: Para eso me quedo en mi apartamento. Qué grima. (*Saca unos documentos de su mochila.*) No quiero que esto suene como una amenaza.../

María: Hijo, esa mochila parece el bolso de Mary Poppins.

Lorenzo: Según la ley española, el suicidio está prohibido. No podéis hacerlo sin más. Tiene consecuencias.

Antonio: También está prohibido robar y mira cómo está tu querida España.

Lorenzo: Escuchad. (*Leyendo.*) *El Código Penal castiga en el artículo 143.1 con prisión de cuatro a ocho años, al que intente suicidarse y sin conseguirlo genere perjuicio a otros. Si el suicidio no fuese fructuoso, todos los bienes de los suicidas pasarían a formar parte del gobierno pertinente, sin posibilidad de reclamación.*

¿Habéis oído bien? Como falléis, el estado se queda con todo.

Antonio: ¿Me puedes dejar ver ese documento? (*Coge el documento.*)

Lorenzo: (*Sin soltar el documento.*) ¿Qué pasa? ¿No me crees?

Antonio: (*Estirando del documento.*) Creo que eso te lo acabas de inventar.

Lorenzo: (*Estira del documento hasta romperlo.*) Ale, ya lo has roto.

Antonio: (*Mirando el trozo de papel.*) Pero si esto está escrito a mano.

María: Sois como niños pequeños.

Lorenzo: Vale, vale, esto lo he exagerado un poco. Lo reconozco. Culpable, pero mirad esto. (*Saca otros documentos de la mochila.*)

Antonio: Ya está la señorita Poppins.

Lorenzo: (*Le da los documentos a María.*) Lee, por favor.

María: (*Leyendo.*) *Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. Artículo 143.*

1. El que induzca al suicidio de otro será castigado con la pena de prisión de cuatro a ocho años.

2. Se impondrá la pena de prisión de dos a cinco años al que coopere con actos necesarios al suicidio de una persona.

3. Será castigado con la pena de prisión de seis a diez años si la cooperación llegara hasta el punto de ejecutar la muerte.

Lorenzo: Sigue, sigue leyendo.

María: ¿Es necesario? (Lorenzo asiente para que siga. María lee.) *4. El que causare o cooperare activamente con actos necesarios y directos a la muerte de una persona que sufriera un padecimiento grave, crónico e incapacitante o una enfermedad grave e incurable, con sufrimientos físicos o psíquicos constantes e insoportables, por la petición expresa, seria e inequívoca de esta, será castigado con la pena inferior en uno o dos grados a las señaladas en los apartados 2 y 3.*

5. No obstante lo dispuesto en el apartado anterior, no incurrirá en responsabilidad penal quien causare o cooperare activamente a la muerte de otra persona cumpliendo lo establecido en la ley orgánica reguladora de la eutanasia.

Lorenzo: Matar y dejar morir es lo mismo. Jurídicamente y moralmente, me habéis convertido en cómplice.

Antonio: Las leyes se hacen siempre dependiendo de la moral, por eso son siempre injustas. Es la sociedad quien te ha convertido en cómplice, no nosotros.

María: Políticos y jueces son los únicos responsables, responsables morales si lo prefieres, de todos y cada uno de los suicidios. Ellos son los encargados de hacer un mundo más habitable y mira...

Antonio: ¡Exacto! Dejadme vivir dignamente, o por lo menos no me jodáis la muerte. Que España es atea. Mucho cuídate por aquí, cuídate por allá, pero luego tabaquito por aquí, droguita por allá... Ay cuando interese la muerte: colas y más colas. Viva la coherencia moral. ¡Que viva el vino!

Lorenzo: Sí, claro, y en vez de restaurantes para bodas, bautizos y comuniones, tendría que haber resorts para suicidas, kamikazes e inconscientes.

Antonio: Pues ahora que lo dices, María tenemos que hacer una cena de despedida con nuestros amigos. María, nota mental: resort de despedida con amigos

María: Es verdad, no habíamos pensado en ello. *(A Lorenzo.)* Y contigo también.

Lorenzo: Joder, y yo dándoles ideas.

María: Lorenzo, nosotros no te vamos a comprometer para que nos ayudes.

Lorenzo: *(Comienza a enfadarse.)* Bueno, pues entonces pongámonos todos prácticos. ¿Qué pasa con mi herencia?

Antonio: *(A María.)* ¿Ves? Lo que yo te decía.

María: Lorenzo, en un par de días vamos al notario, pero sabes muy bien que no tenemos casi nada. Algo de dinero y poco más.

Lorenzo: *(Altivo.)* No, si rico ya sé que no me vais a hacer. Espero que por lo menos no me dejéis deudas. Aunque mira, se me acaba de ocurrir una idea. Ya que lo tenéis tan claro, ¿por qué no vendemos vuestros órganos por internet? Seguro que algo nos sacamos.

Antonio: Te sacarás, querrás decir.

María: A mí no me van a sacar nada. Me opongo.

Antonio: ¿Cuánto pagan? Supongo que nos lo quitarían una vez estemos muertos, ¿no?

María: *(A punto de romper a llorar.)* Lorenzo, ¿voy a tener que morirme para que me echéis de menos? Pero, ¿qué es lo que os pasa a los dos?

Lorenzo: *(Colérico.)* ¿A mí? A mí no me pasa nada. Estoy intentando rentabilizar esta humillante y fracasada familia.

Antonio: *(Terco.)* Estás haciendo llorar a tu madre. Lo mejor que puedes hacer es irte si no estás a gusto. Te has pasado, chaval.

Lorenzo: Sí, mejor me voy, no vaya a ser que a mí también me entren ganas de pegarme un tiro.

María: *(Triste, a Lorenzo.)* ¡Llévate un trozo de tarta!

Antonio: Pónselo en el bolsito ese y que se largue.

(Lorenzo le da el bolso-tupper a su madre y espera de pie junto a la puerta. Silencio incómodo)

Antonio: Lorenzo, solo te pedimos un poco de comprensión.

Lorenzo: ¿Me pedís? A mí no me habéis pedido nada. Cuando he llegado, ya estaba todo decidido.

María: Lorenzo, hijo, este tupper está hecho un asco, mejor te lo pongo en uno de los míos.

Lorenzo: Es que en el trabajo no lo puedo limpiar muy bien.

Antonio: ¡Dignidad humana! ¡Amor solidario! A ver si eso eres capaz de comprenderlo.

Lorenzo: ¡Y yo os pido madurez! Y planearlo bien, porque como os quedéis tontos, no me pienso hacer cargo de vosotros.

María: La vida es un derecho que podemos elegir ejercer o no. Renunciar a la vida, también es justo. *(Dándole el postre.)* Toma. *(Besa a Lorenzo.)*
Espero que te guste.

Lorenzo: Gracias mamá. *(Se pelea con la puerta hasta que la abre.)*

Antonio: Te dejas la mochila... *(Lorenzo la coge y sale dando un portazo.)* ¡Mary Poppins!

María: *(Se va al tocadiscos y cambia el vinilo.)* Te has pasado...y mucho.

Antonio: ¿Yo? Es él, quien no quiere entender nada. No sé cómo puede ser hijo mío.

María: No vas a irte de este mundo sin despedirte de tu hijo.

Antonio: ¿Pero por qué tanta despedida? Con lo tristes que son los adioses. Mi amor, la mayoría de cosas están en constante transformación. Somos simples ciclos infinitos.

María: Pues no te despidas si no quieres, pero le vas a decir cuánto le quieres, ¿me oyes?

(María, emocionada, se va a la habitación. Antonio se queda en el sofá. Coge los folletos de las residencias y los mira con cierta culpabilidad. Poco a poco, oscuro.)

4.

(Nuevo día, nuevo bolero. Entra María. Viene de la habitación con una pequeña regadera. Con su gracejo característico, riega los tulipanes rojos y alguna que otra plantita. Justo cuando pasa por delante de la barra americana, aparece Antonio y la asusta. María reacciona regándole la cara.)

Antonio: Gracias.

María: De nada.

Antonio: Como ya estoy regado, me voy a plantar un pino. *(Se va al baño.)*

María: Hijo, estás todo el día en el baño. ¡Cierra la puerta! ¿Cómo he podido aguantar cuarenta años contigo? ¿Qué vi en ti?

Antonio: *(Desde el baño.)* Fui yo quien te seduje.

(A María le da un ataque de risa. Tanto, que sube la música y baila como poseída. De repente, llaman fuerte a la puerta. María baja la música y se acerca a la puerta. Mira por la mirilla.)

María: *(Asustada.)* ¡Antonio, la muerte está llamando a la puerta!

Antonio: *(Saliendo del baño.)* Pero ¿qué dices?

María: Sí, es la muerte. Negra, muy negra. Mira.

Antonio: *(Mirando por la mirilla.)* Joder, es verdad. Menuda negrura.

María: *(Misteriosa.)* La muerte viene a reclamar nuestros desvencijados huesos.

Olilí: *(Desde fuera.)* Les estoy oyendo. Soy el comercial de la funeraria.

Antonio: *(A María.)* Ya te vale. Haz el favor de abrir.

María: *(Susurrando.)* No me dejes sola con este pedazo de negro. Quién sabe lo que podría hacerme.

Antonio: ¿Hacerte? Ha dicho que viene de la funeraria.

María: Eso dicen todos, y luego.../

Olilí: *(Desde fuera.)* Les sigo oyendo. He llamado al portero automático, y como he visto que era un poco viejo, no sabía si funcionaba. Justo en ese momento ha bajado una vecina y me ha dejado entrar.

María: Seguro que era la chismosa del segundo.

Olilí: ¿Pueden abrirme?

Antonio: *(A Olilí.)* Perdone, perdone. Ya le abrimos.

(María se aleja. Antonio se pelea con la puerta y cuando consigue abrirla, corre junto a María. Olilí tiene que empujar la puerta para entrar.)

Olilí, comercial de una funeraria, llegó a España desde Nigeria con un contrato de trabajo hace unos veinte años. De carácter tranquilo y sereno, siempre ilumina su cara una enorme sonrisa. Habrá quien vea en él algo mágico, casi divino, y quien prefiera ver algo paradójico, casi extravagante. Con todo puede Olilí, pues ayudar es su cometido.)

Olilí: Hola. Parece que la puerta no funciona muy bien.

(Silencio tenso. Olilí señala su bolso y saca una libretilla. María y Antonio se sobresaltan.)

Olilí: ¿Don Antonio?

María: *(A Antonio, por lo bajini.)* Sabe tu nombre.

Antonio: *(A María, murmurando.)* Claro, se lo dije yo cuando hablamos por teléfono. *(A Olilí.)* Buenos días. Disculpe, no le esperábamos tan pronto.
(Se acerca y le da la mano.)

Olilí: *(Mira su reloj.)* Son las doce. ¿Prefieren que vuelva más tarde?

Antonio: Me refiero, a que pensé que tardaría unos días en venir.

Olilí: Diligencia funeraria. *(Sonriendo.)* La muerte siempre cuenta con ventaja.
Me llamo Olilí.

Antonio: Le presento a mi esposa, María.

Olilí: Encantado. ¿En qué puedo ayudarles?

María: *(Impulsiva.)* Queremos morirnos.

Antonio: *(Nervioso.)* Pero ¿qué dices? *(A Olilí.)* Discúlpela, no está acostumbrada a ver personas de color.

Olilí: ¿De color? Yo soy negro.

Antonio: Me refería a.../

Olilí: Era una broma. Les voy a hacer dos propuestas. Primera, ¿les parece bien que nos tuteemos? *(Asienten tímidos con la cabeza.)* Genial. Segunda, quiero que sepáis que todo lo que hablemos será confidencial, así que contadme con total confianza.

María: ¿Me puedes repetir tu nombre?

Olilí: Me llamo Olilí. En Igbo, uno de los idiomas de Nigeria, mi país, significa enterrador.

Antonio: ¿Os llamáis según vuestro trabajo?

María: Pero que tonterías dices Antonio, ¿cómo van a saber si un recién nacido se va a dedicar a una cosa u otra?

Olilí: Mi familia lleva cinco generaciones dedicando su vida a los muertos.
(*Sonríe.*) Mi madre pensó que no había mejor nombre.

María: Es que las madres tenemos una intuición especial.

Antonio: Si en España nos llamásemos por nuestro oficio, el santoral rezaría así: san ladrón magno, san malversador timorato, santa beata delincuente, san bandolero forajido, san chorizo sin pan, san maleante a secas, santa devota del timo, san mentiroso patrio, san rufián, san estafador, y el mejor de todos: san campechano cazador y sus cuarenta herederos.

Olilí: ¿Sabes qué significa el nombre de Antonio? (*Antonio niega con la cabeza.*)
El que consigue lo que se propone.

Antonio: El que consigue lo que se propone. (*Alucinando.*) El que consigue lo que se propone. (*A María.*) ¿Ves? Ya te dije que tenía una misión especial en la vida.

María: (*Incrédula.*) ¿Pero cuándo te has propuesto tú una misión especial? Si lo más especial que has hecho en tu vida ha sido casarte conmigo. Espacial, si acaso, que siempre estás en la luna.

Olilí: (*A María.*) La elegida.

María: ¿Cómo?

Olilí: María: la elegida, la vidente, la profeta. Mujer valiente y segura de sí misma.

María: (*Sonrojada.*) No será para tanto.

Olilí: Y bien, ¿en qué puedo ayudaros?

Antonio: Nos gustaría dejar atados todos los aspectos relacionados con nuestra muerte.

Olilí: Hacéis muy bien.

Antonio: Por fin alguien que nos entiende.

Olilí: ¿Nos sentamos y os voy contando?

María: ¿Quieres tomar algo?

Olilí: Un vaso de agua está bien.

María: Hay café recién hecho.

Olilí: Entonces, un café solo, si no es molestia. Y un vaso de agua.

María: Nada de molestia. *(Se va a la cocina repitiendo: mujer valiente y segura.)*

Antonio: ¿Hola? Yo también quiero un café.

María: *(Sarcástica, desde la cocina.)* Muy bien Antonio, te preparo una misión espacial con leche.

Olilí: *(Saca un vinilo de su bolso.)* Os he traído un regalo.

Antonio: ¿Cómo sabes que tenemos tocadiscos? *(Suspica.)* ¡Ajá! Te ha enviado nuestro hijo.

Olilí: Cuando me llamaste, escuché de fondo el sonido inconfundible de los vinilos. A mí me encanta cantar. ¿Os apetece que lo escuchemos? Es de mi colección particular.

Antonio: Muchísimas gracias. *(Coge el vinilo y lo pone.)* Los *vinilistas* somos una raza en extinción.

María: *(Vuelve con los cafés. Desde aquí hasta el final de la escena, María parece estar embelesada con Olilí.)* Y aquí están los cafés. El café solo y el vaso de agua.

Olilí: *(Da un sorbo a su café.)* Muy rico. Pues si os parece, os voy contando. Ya veréis como es muy fácil de entender. Por teléfono es todo un poco más complicado. Y la verdad, la gente no conoce nuestros productos. *(Les da unos catálogos que irán ojeando durante la escena.)* Aquí podéis ir

echando un vistazo. Me dijisteis que no tenías seguro de decesos, y que no habíais hablado aún con el notario.

María: Tenemos muy poquito que tramitar con el notario.

Antonio: *(Con doble intención.)* Pero sí mucho que preparar.

Olilí: Para eso estoy yo aquí. Os cuento. La clave es contratar los servicios funerarios antes del fallecimiento. ¿Por qué? Porque nos podemos ahorrar hasta un 70%, unos 4.000€. ¿Por qué?

Antonio: ¿Por qué?

Olilí: Porque cuando tenemos un cadáver en casa, la urgencia apremia. No hay mucho tiempo para andar comparando precios, y eso lo saben las funerarias. Hacéis muy bien adelantándoos a lo inminente.

María: En esta casa somos muy de preparar lo inminente, mucho, mucho.

Olilí: Pregunta clave: ¿enterramiento o crematorio?

Antonio: Horno, horno, por supuesto.

María: Queremos lo más económico.

Antonio: Si a nosotros nos va a dar igual ya.

Olilí: *(Revisa un par de papeles.)* Y una última pregunta. ¿Queréis velatorio? Si fuese que sí, habría que sumar: féretro, flores, la sala, ceremonia religiosa o laica, recordatorios y vehículo de acompañamiento.

María: *(Mirando a Antonio.)* ¿Qué?

Antonio: Por mí, nos lo podemos ahorrar, la verdad. Y si a Lorenzo le apetece, que lo dudo, que haga él algún tipo de ceremonia.

María: Lo dicho, lo más económico.

Olilí: Muy bien. Entonces os recomiendo el paquete básico que consta de: servicio de recogida y depósito en cámara frigorífica. El

acondicionamiento sanitario no será necesario puesto que no habrá velatorio. Y después: féretro ecológico, crematorio y urna. Total: 2.580,58€. Por ser vosotros, redondeamos en 2.500€.

Antonio: ¿Ese precio es para los dos?

María: Cómo va a ser por los dos, es por cada uno, so animal. *(A Olilí, buscando su complicidad.)* Quiere que vayamos juntos en el mismo ataúd. *(A Antonio, graciosa.)* Que no son naves espaciales, astronauta. *(Confidente a Olilí.)* Sin mí no es nada.

Olilí: *(Divertido.)* Sí, ya me lo comentó durante la llamada telefónica. Daba la sensación que os queráis morir a la vez. *(Ríe. María se suma a la risa, un tanto nerviosa.)*

Antonio: *(Sumándose a las risas.)* Ni que nos fuésemos a suicidar. *(Ríe brutaemente, cuando Olilí y María paran de golpe.)*

María: Una pregunta, si por lo que fuese, cosas de la vida, nos morimos de un accidente o similar, ¿habría algún problema?

Olilí: A qué te refieres exactamente.

Antonio: Te lo explico yo. ¿Tu empresa husmea sobre cómo ha sido la muerte, o les da igual? Es decir, ¿llega el cadáver y directo al horno sin hacer preguntas?

María: Tienes la sensibilidad en... *(A Olilí.)* ¿La causa de la muerte afecta a este contrato?

Olilí: Las causas del fallecimiento, para nosotros son irrelevantes. Cuando alguien fallece, lo primero que hay que hacer es llamar a la policía para que envíen un médico forense, el cual certifica la muerte y después, un familiar vuestro o amigo cercano nos avisa y ya nosotros nos encargamos de todo. ¿Respondo así a vuestras dudas?

María: Sí.

Antonio: Sí.

Olilí: Entonces, si os parece bien, necesito que me dejéis hacer una fotografía de vuestros DNI y en breve os traigo los contratos para que los firméis. El cobro se haría por transferencia bancaria.

María: Aquí los tengo. *(Coge de su bolso los DNI y se los da.)*

Olilí: *(Olilí fotografía los DNI con su móvil y se los devuelve.)* Gracias.

María: *(Deslumbrada.)* ¿Quién eres Olilí? ¿Eres algo parecido a un ángel que ha venido a ayudarnos?

Olilí: Soy un simple comercial, que lidia entre la muerte y la vida.

Antonio: A ver si ahora resulta que la muerte es amable y simpática.

Olilí: Muchas gracias por el piropo. La mayoría de la gente con la que trato no está para muchos agradecimientos. Por el momento en el que me toca conocerlos, quiero decir.

(Suena el telefonillo.)

María: Voy a ver quién es. *(Al telefonillo.)* ¿Sí? Hola Meli. Pasa cariño.
(A Olilí.) Es Meli. La exnovia de nuestro hijo. Se pasa a vernos de vez en cuando. Es un ángel esta muchacha.

Olilí: No es un ángel.

María: ¿Cómo?

Olilí: Digo que no es un ángel. Los ángeles no se dedican a esas cosas. Será una buena persona, sin más.

María: Supongo.

(Llaman a la puerta.)

Olilí: Abro yo. *(Intenta abrir la puerta y no lo consigue. Acerca la oreja a la puerta y suavemente la abre.)* Hola Meli, soy Olilí. Encantado de conocerle.

Meli: *(Sorprendida.)* Tutéame, por favor. Encantada.

Antonio: Es el comercial de la funeraria. Nos está enseñando las opciones para un buen sepelio. Ven, siéntate y nos ayudas. Mira que urnas tan bonitas.

Meli: Mejor vuelvo más tarde. No sé si yo voy a ser capaz de...

Olilí: Las sugerencias son gratis, y tú tienes pinta de ser buena consejera.

María: Venga sí, que tú siempre tienes muy buenas ideas. *(Coge a Meli y le hace sentarse.)* Además, hay café recién hecho. *(Se va a la cocina.)*

Meli: Bueno, vale. Me quedo por aquí y no molesto.

Antonio: *(A Meli.)* Tú nunca molestas.

(Suena el telefonillo.)

María: Pero bueno, ¿qué pasa hoy?

Antonio: Ya voy yo. *(Al telefonillo.)* ¿Sí? Le abro pero que sepa que no queremos aspiradoras. *(Cuelga el telefonillo.)*

María: ¿Quién era?

Antonio: Tu hijo. Y viene calentito.

María: Últimamente esto está muy animado.

Antonio: Es querer morirse y aparece hasta el apuntador.

(Llaman a la puerta.)

Antonio: *(Al telefonillo.)* ¿Sí?

Lorenzo: *(Desde fuera.)* Papá, soy yo. Eres muy tonto.

Antonio: Uy, suena como si estuvieras aquí.

Lorenzo: *(Desde fuera, golpeando la puerta más fuerte.)* ¿Puedes dejarte de choradas y abirme la puerta de una puta vez?

Antonio: Anda, pero si estás aquí. *(Antonio intenta abrir la puerta, esta se resiste, como siempre.)* Un segundo...maldita puerta.

Olilí: ¿Me permites? Ya le tengo cogido el tranquillo.

(Lorenzo llama sin parar. Antonio se aparta. Olilí abre la puerta sin mucho esfuerzo y Lorenzo entra hecho un Miura, pero se topa con Olilí.)

Lorenzo: ¡Joder! *(De la impresión se tropieza y se cae. Por el trompazo se le escurre una carpeta que llevaba en las manos, y los papeles del interior quedan esparcidos por el suelo.)*

Antonio: Se ha matado.

(Todos se acercan a ver como está.)

Lorenzo: Estoy bien, estoy bien.

María: Lorenzo, pero ¿qué te ha pasado?

Lorenzo: Mamá, que no esperaba encontrarme con este pedazo de...

Olilí: De negro. *(Sonriendo.)* Me pasa mucho.

Antonio: El chico tiene razón. Vas a casa de tus padres y no esperas que te abra la puerta una escultura como esta. *(Giñándole el ojo a Olilí.)* Buenísimo, tienes que repetirlo.

Lorenzo: *(Ve a Meli.)* Hola.

Meli: Hola. ¿Estás bien?

Lorenzo: *(Muy descolocado, como cuando nos topamos con un ex y se nos revuelve el mundo, ya que creé que Olilí ha venido con Meli.)* Claro, ¿por qué no voy a estar bien? Estoy fenomenal. Nunca he estado mejor. ¿Y tú? O, mejor dicho, ¿cómo estáis vosotros?

Meli: Yo estoy bien, gracias por preguntar.

Lorenzo: *(Incómodo.)* Genial. Todos estamos bien.

(Silencio tenso.)

María: ¿Quieres un café? Está recién hecho.

Lorenzo: *(Incómodo.)* No gracias. Mejor vuelvo más tarde. *(Recoge sus cosas del suelo de manera torpe e intenta abrir la puerta, pero no lo consigue.)* Joder con la puta puerta. Papá, te importaría...

Olilí: Yo te ayudo. *(Le da algunos papeles que aún quedaban por el suelo.)* Me llamo Olilí. *(Le tiende la mano.)*

Lorenzo: *(Le da la mano y se le caen más papeles.)* Lorenzo, mucho gusto.

Olilí: Deberías quedarte.

Lorenzo: *(Retador.)* ¿A sí? ¿Y eso por qué?

Olilí: Tus padres necesitan tu ayuda.

Lorenzo: ¿Mi ayuda? ¿Y para qué, si puede saberse?

Antonio: Éste no es muy de ayudar, la verdad.

Lorenzo: *(Cada vez más airado.)* Pero, ¿qué tonterías dices papá? Sabéis lo que os digo: haced lo que os dé la gana. O mejor, os recomiendo que antes de suicidaros, hagáis una buena fiesta. Invitad a la tele, a ver si así motiváis a más gente. A lo mejor Meli y su “amiguito”, os pueden ayudar. Quizá os convertís en los primeros *influencers* en diferido. ¡Quizá hasta os dan un premio póstumo al mejor suicidio!

Meli: *(Ofendida.)* Loren, estás muy equivocando.

Lorenzo: No querida, aquí la única gran equivocación soy yo. Yo, soy tú gran equivocación. Con este pedazo de negro podrás.../

María: *(Le da una bofetada.)* Yo no te he educado para que hagas esto.

Lorenzo: Por mí, podéis moriros todos.

Antonio: ¿Morirnos? ¿Lo dices en serio? *(Saca un montón de recortes de periódico de debajo de la mesita y se interpone entre Lorenzo y la puerta. Muy serio. Quizá hasta se emocione al escucharse.)* ¿Ves esto? Noticias de ancianos que han muerto solos o abandonados en sus casas. Noticias de viejos atados a sus camas en las residencias. Noticias y más noticias de cadáveres verticales. ¿Esto es lo que quieres para nosotros?

El otro día dijiste que estábamos muy raros, como más felices de lo normal. Y sí, tienes razón: estamos felices, radiantes: porque nos ha sido revelado el sentido de la vida: ¡la vida es una fiesta!

Lorenzo, lo ves todo negro y si sigues así, te vas a perder los maravillosos tesoros que hay a tu alrededor. ¿Qué mierda te pasa? Has hecho de la derrota bandera, cuando está todo por hacer. ¿Por qué te has vuelto tan

gris? Te pongas como te pongas, nos vamos a morir. Morir con dignidad, con una sonrisa, felices y celebrando los buenos momentos. *(Le deja el taco de recortes en las manos.)*

Lorenzo: Bueno, pues parece que ya hay suficientes parejas felices aquí dentro. Lo mejor será que el gris se vaya.

María: Lorenzo, mi niño, no queremos una tercera edad. Nos basta con lo vivido.

Lorenzo: No sabéis envejecer. La vejez es la obra maestra de la vida.

María: La obra maestra de la vida es disfrutar de la vida.

Antonio: Y lo absurdo es tomarse la vida en serio.

Lorenzo: Es una pena que tengáis que moriros para encontrar la felicidad.

Antonio: ¡No has entendido nada!

María: Queremos morirnos festejando lo vivido.

Meli: *(Dolida.)* ¡Lorenzo! Lo verdaderamente triste, es que creas que este pedazo de negro está conmigo, para darte cuenta de cuanto me quieres.

Lorenzo: *(Avergonzado.)* Yo creí...

Antonio: *(Burlón.)* Yo creí, yo creí...

Meli: *(Rabiosa.)* Asume la situación de una vez y échale valor, porque quieras o no, tus padres se van a ir. Y si te queda algo de valor, llámame.

Lorenzo: *(Avergonzado se va hacia la puerta, pero antes de salir...)* Creo que sí aceptaré ese café.

Antonio: Voy a preparar una cafetera bien cargadita, que nos va a hacer falta. *(Se va a la cocina.)*

María: Lorenzo, te presento a Olilí. Es el comercial de la funeraria que se va a encargar de gestionar la cosa de...cuando nosotros ya no...ya me entiendes.

(Todos se irán sentando cerca de la mesa baja donde están los catálogos que sacó Olilí al principio. Unos segundos de calma.)

Antonio: *(Desde la cocina.)* Lorenzo, mira los catálogos que hay encima de la mesa. A ver qué te parecen.

María: *(Pasándole los catálogos.)* Hemos elegido el servicio básico. Es importante que lo sepas para cuando llegue el momento.

Antonio: *(Desde la cocina.)* Lo primero es llamar a la policía para que envíen a un médico forense a certificar la muerte.

María: Después llamas a Olilí, y él se ocupa de todo. ¿Vale?

Lorenzo: Yo venía a... bueno, ya da igual. Vale. Si esta es vuestra última voluntad, pues que así sea. *(A Olilí.)* ¿Vuestra empresa también gestiona el suicidio?

Olilí: La gestión de la eutanasia activa es legal desde 2021.

Lorenzo: No lo sabía.

Olilí: Como mucha gente. De momento solo se aplica en enfermedades graves e incurables que causen un sufrimiento intolerable.

Antonio: Como si vivir no fuese un sufrimiento.

Olilí: Entiendo que esto te resulte un poco duro.

Lorenzo: ¿Un poco duro? Imaginad por un momento que vengo y os digo: familia, ya estoy cansado de vivir, que me las piro, que me voy a suicidar. Y todo esto os lo cuento con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Qué pensaríais? Ya os lo digo yo; pensaríais que estoy loco.

Meli: El problema es que no estamos lo suficientemente acostumbrados a hablar de la muerte.

Lorenzo: Esto no es hablar de la muerte. Para mí esto es denigrar a la vida.

Antonio: *(Vuelve con los cafés. Cada uno se irá sirviendo el suyo.)* Lorenzo, la vida en sí misma, ofende a la vida. Algún día te darás cuenta.

Olilí: ¿Os puedo hacer una pregunta? *(Todos guardan silencio.)* ¿Qué es lo que os da miedo?

Lorenzo: ¿De la vida o de la muerte?

Olilí: La muerte no nos pueda dar miedo, pues todo lo que sabemos de ella, lo sabemos desde la vida. ¿Qué os da miedo de la vida?

Meli: Amar y no ser amada.

María: No poder escapar del dolor.

Antonio: Sentir la mierda cayendo por entre mis piernas.

María: Tú siempre tan escatológico.

Olilí: ¿Lorenzo?

Lorenzo: *(Sarcástico.)* ¿Va incluida la terapia familiar en el presupuesto?

Olilí: *(Como buen encajador.)* Más o menos.

Lorenzo: ¿Qué me da miedo? *(Piensa durante unos segundos, y en un acto de valentía abre su corazón. Como cuando necesitamos liberarnos de un peso que nos atemoriza, pero con el que no queremos/podemos cargar más.)*
¿A qué tengo miedo? Pues veréis, tengo miedo...a la misma vida, a no saber aprovecharla. Tengo miedo a cada nuevo día. Tengo miedo a no ser un buen hijo para mis padres, y a que se mueran y no haberles dicho lo importantes que son para mí. Y a la vez, tengo miedo a ser una copia borrosa de ellos mismos. Desde hace unos días, tengo miedo a tener que cargar con ellos. Tengo miedo a estar participando en esta locura, pero desde la omisión. Tengo miedo a no saber respetar vuestra decisión. Tengo

miedo a no ser compasivo. Tengo miedo a no ser suficiente para Meli. Tengo mucho miedo a la responsabilidad. Tengo miedo a amar. Tengo miedo a estar siendo un egoísta. Tengo miedo a ser una carga para otros. Tengo miedo a no entender la muerte, o a entenderla demasiado. Tengo miedo a perderle el respeto a la vida. Y, por supuesto, tengo miedo a ser preso de las enfermedades. Tengo miedo a dejar de sentir. Tengo miedo a perder las fuerzas. Tengo miedo a perder la fe en mí mismo y en el ser humano. Tengo miedo a preguntarme, ¿tienes miedo? ¡Tengo miedo, sí, mucho miedo, porque siempre he vivido con él! Así que, puede que en el fondo tenga miedo a perder el miedo.

Antonio: Menuda letra para un bolero nos acabas de soltar: El bolero del miedo.

Olilí: Lorenzo, no tengas miedo, pues la muerte es solo un instante muy breve de la vida.

Lorenzo: Gracias por el café. *(Con lágrimas en los ojos, recoge su mochila y los papeles. Intenta abrir la puerta, pero ésta se resiste. Lorenzo respira hondo y por fin consigue abrirla.)* No sé si voy a ser capaz de participar en esta despedida. Mamá, papá, pase lo que pase... *(Sale, por no decir que huye.)*

Antonio: Está claro que las despedidas en esta familia son muy melodramáticas.

Meli: *(Un tanto emocionada.)* Yo también me voy. Muchas gracias por el café.

Olilí: Me pasaré en unos días con los documentos para formalizar el contrato. *(Meli intenta abrir la puerta, pero no puede.)* Te abro, que parece que le he pillado el truco. *(Abre y sale Meli.)* María, Antonio, también es obligación del que se va, saber decir adiós. *(Sale y cierra.)*

Antonio: Adiós.

María: No tienes remedio, Antonio.

(Antonio y María se quedan sentados en su pequeño sofá viendo los catálogos de la funeraria. ¿Qué mejor manera de acabar el día para unos futuros suicidas?)

5.

(Pues a un nuevo día, un bolero y su melancolía. Entra María desde la habitación y tacha un día más en el calendario. Al poco, entra Antonio quien viene de la calle con una pequeña bolsa de plástico. Como siempre, la maldita puerta. Hay cosas que cuesta arreglar.)

Antonio: Maldita puerta. Porque nos quedan cuatro días, si no la cambiaba enterita. Bueno, aquí traigo la última remesa de pastillas. *(Deja la bolsa sobre la mesa. María coge un bote, ciertamente grande, en el que hay muchas más pastillas.)* La farmacéutica me ha preguntado por ti.

María: ¿Qué le has dicho? *(Sacando las pastillas del blíster y metiéndolas en el bote.)*

Antonio: Que seguías igual.

María: Es normal que se preocupe. Llevamos un año y medio comprando pastillas como para dormir a una manada de elefantes.

Antonio: La que alucina es mi doctora. La última vez que fui, me dijo: *(Imitándola.)* Antonio, si no mejoras con todo lo que te estoy recetando, tendríamos que plantearnos ingresarte en el hospital para hacerte algunas pruebas.

Cada dos meses me duele algo distinto. La pobre ya no sabe que recetarme.

María: O se hace la tonta, o la mitad del país está enganchada a las golosinas farmacológicas.

Antonio: Cuanto más viejo, más yonqui de lo legal.

María: Mi doctor por no tocarme, me receta lo que sea. Vaya un beato misógino.

Antonio: *(Abrazándola por detrás.)* Él se lo pierde. Ya sé cómo funciona el *Satisfyer* ese. ¿Nos damos unos achuchones?

María: ¿Ah sí? ¿Y cómo te has enterado?

Antonio: Lo he mirado en internet. Uno que tiene curiosidad.

María: *(Picarona.)* La curiosidad mató al gato.

Antonio: Dirás al tigre gggrrrrrr.

María: Coge una pastillita azul y vamos a la jaula, *tigretón*.

(Suena el telefonillo.)

Antonio: Si es tu hijo, lo mato de un zarpazo.

María: Ya voy yo, y esconde el bote de las pastillas, anda. *(Al telefonillo.)* ¿Sí?

 Hola Olilí. Claro, sube. *(A Antonio.)* Tu amiguete, que trae los papeles para que los firmemos.

Antonio: Justo aparece el negro cuando el tigre estaba a punto de cazar.

María: *(Acariciando a Antonio.)* A este tigre le faltan uñas.

Antonio: Garras dirás, gggrrrrrrrr.

(Llaman a la puerta. Antonio abre con el consiguiente esfuerzo. Entra Olilí con una carpeta y un maletín de herramientas.)

Olilí: Hola, espero no molestar.

Antonio: Gggggrrrrrrrr

María: No le hagas caso. La medicación ya no surte efecto en este gatito.

Olilí: Os traigo los contratos.

María: Genial. Vamos a la mesa y los firmamos.

(Los tres se sientan.)

Olilí: Bueno, pues aquí está todo detallado. Si queréis echarle un vistazo. Solo falta poner el número de cuenta.

Antonio: ¿Dónde firmo?

Olilí: ¿No quieres revisarlo?

Antonio: Me fío de ti. Sabes de sobra que poco podrías quitarnos. Es lo bueno de ser pobre. Por no tener, no tenemos ni nietos. *(Agriamente teatral.)* Por fin se acabará la maldición de nuestro apellido. *(Firma los documentos.)*

Olilí: Aquí y aquí.

María: ¿El número de la cuenta va aquí?

Olilí: Sí. Qué buena memoria.

María: *(Respira hondo.)* Vamos allá. *(Firma los documentos.)*

Olilí: Os voy a dejar los documentos unos días, para que os lo penséis. Ya sé que lo tenéis muy claro, y no voy a ser yo quien os haga cuestionaros nada. Pero ahora que conozco la finalidad de estos contratos, me gustaría que lo pensaseis bien ¿Vale? *(Asienten.)* ¿Puedo haceros una pregunta?

Antonio: ¿Puedes?

Olilí: ¿Cómo habéis pensado hacerlo?

Antonio: Normalmente me pongo yo encima y María.../

María: *(Abochornada.)* Antonio, que no se refiere a eso. Eres un animal.

Antonio: Un tigre, eso es lo que soy, un tigre, gggrrrrrr.

María: Pues mira, te vamos a ser claros. *(Le enseña el bote con las pastillas.)* Tenemos pastillas como para dormir a media residencia de ancianos, y mañana compraremos dos bombonas de butano.

Antonio: Pastillas y gas. La muerte dulce.

Olilí: Os habéis informado bien por lo que veo.

María: Una pena tenerlo que hacer así, pero... *(Tristemente sarcástica.)* Nadie te pide venir, pero todos te obligan a quedarte en la fiesta de la vida.

(Silencio bonito. El momento está cerca. Olilí les sonrío, pues ve en ellos la fragilidad y ternura de dos viejos amantes dispuestos a todo.)

Olilí: ¿Os importa si arreglo la cerradura?

Antonio: Imposible, yo ya lo he intentado todo.

Olilí: He traído mis herramientas. *(Les muestra el maletín.)* ¿Me dejáis intentarlo?

María: Te dejo, si a cambio el sábado vienes a comer con nosotros. Vamos a hacer una comida de despedida y queremos que vengas.

Olilí: Será un placer acompañaros. *(Olilí se pone al lío con la puerta.)*

Antonio: Olilí, no te enredes, de verdad, que no vas a poder.

María: Deja que lo intente. Antonio, has sido un conserje magnífico, pero tú para arreglar cosas, no vales.

Antonio: ¿Cómo que no valgo? Yo he arreglado muchas cosas de esta casa. Acuérdate de la tostadora aquella.

María: Sí, duró dos semanas y luego se incendió.

Antonio: ¿La arreglé o no la arreglé? Se prendió fuego por lo de la obsolescencia esa. Los chinos lo tienen todo trucado.

María: Sí claro, la culpa siempre es de los chinos. *(Suena el teléfono.)* Ya lo cojo yo. *(Descuelga.)* ¿Sí? Hola, dime.

Antonio: *(A Olilí.)* Si al final no puedes arreglarla, no pasa nada. No tienes por qué hacerte el machito. La única solución es comprar una puerta nueva.

María: *(Compungida.)* Vale. Ahora mismo vamos. Gracias. *(Cuelga y llora desconsolada.)*

Antonio: ¿Qué ha pasado? ¿Quién era?

María: Pepi...se ha muerto.

Antonio: *(A Olilí.)* Tenía noventa y cinco años y no sé cuántas dolencias. Se veía venir.

María: ¡Antonio! Un respeto por mi amiga.

Antonio: Lo siento mi amor. *(Abraza a María.)*

María: Olilí, ¿te importa quedarte solo? Quiero acercarme a su residencia para despedirme de ella.

Olilí: Lo siento mucho, María. Por mí no te preocupes, en cuanto acabe me voy. No creo que tarde mucho.

Antonio: Yo no voy, a ver si después no nos dejan salir. Me niego.

María: *(Empujando a Antonio hacia la calle. Seria.)* Tú vas donde yo te diga.

Antonio: Voy porque quiero, pero te voy a esperar fuera, allí huele a viejo.

Olilí: Adiós.

(Olilí canturrea el bolero que en ese momento esté sonando, mientras arregla la cerradura. Instantes después, aparece Lorenzo. Está decaído, abatido; más de lo normal.)

Lorenzo: ¿También arreglas puertas? Qué servicio tan completo.

Olilí: Hola. Se me dan bien las ñapas.

Lorenzo: Pues échale un ojo al telefonillo porque parece que también ha dejado de funcionar. ¿Dónde están mis padres?

Olilí: Hace un momento han llamado diciendo que se había muerto una amiga de tu madre y se han ido a despedirse.

Lorenzo: ¿Carmen?

Olilí: Una tal Pepi.

Lorenzo: *(Tierno.)* Normal que quieran suicidarse. Tiene que ser jodido ver cómo te vas quedando sin amigos.

Lorenzo: ¿Te importa si les espero aquí?

Olilí: Cómo me iba importar, esta es tu casa. *(Por la puerta.)* Ya está. Solo había que ajustar la petaca y el resbalón. *(Constata que la puerta abre y cierra como el primer día.)*

Lorenzo: No entiendo de puertas, pero es muy curioso...

Olilí: ¿El qué?

Lorenzo: Toda la vida quejándonos y maldiciendo a esta maldita puerta, pero nadie hizo nada por arreglarla. Es lo mismo que le pasa a este condenado país. Siento si ayer me pasé con la historia esa del miedo. Lorenzo el miedoso, ese soy yo.

Olilí: Lo importante de las puertas son las llaves que las abren y las cierran. Esta puerta, aún tiene que abrirse muchas veces, y tú serás una gran llave, ya lo verás. Y, por cierto, ¿sabes que tu nombre no tiene nada que ver con el miedo? Lorenzo significa; el coronado de laureles, el valiente, el glorioso, el ganador.

Lorenzo: Menuda contradicción: Lorenzo, el valiente miedoso.

Olilí: Toda gloria va acompañada de miedo, si no las cosas serían demasiado fáciles, o lo que es lo mismo: aburridas. La vida es una aventura.

Por cierto, te pido disculpas si te di a entender que Meli y yo.../

Lorenzo: *(Sorprendido.)* No, si al final serás buena gente. Soy yo el que tengo que pedirte perdón. Pensé que eras el novio de Meli y me puse furioso.

Olilí: ¿Te sigue gustando?

Lorenzo: No lo sé.

Olilí: ¿Te apetece hablar de ello?

Lorenzo: Tampoco lo sé.

Olilí: Yo creo que ella está coladita por ti.

Lorenzo: ¿Sabes qué pasa? Perdona que te dé la chapa, pero es que a veces es más fácil desahogarse con un desconocido.

(Olilí no cerró la puerta cuando hizo las comprobaciones anteriores. ¿Adrede? Da igual, lo importante es que vemos a Meli escuchando la conversación. Este ángel negro es pura luz.)

Olilí: Tienes mucha suerte, me gusta escuchar.

Lorenzo: *(Nervioso.)* Yo quiero mucho a Meli, de verdad. Es una mujer maravillosa...

Olilí: ¿Pero?

Lorenzo: Meli no se merece a un perdedor como yo. Puede aspirar a algo más. Y viendo los genes que porto, cualquier día me da por...

Olilí: Uy, esto me suena a excusa victimista.

Lorenzo: Pues sí, no te lo voy a negar. El suicidio en esta familia puede convertirse en un pretexto perfecto para cuando las cosas se compliquen.

Olilí: Me refiero a eso de que Meli se merece a alguien mejor. Ella te quiere y con eso basta.

Lorenzo: Me quiere, vale, muy bien. ¿Qué precio va a pagar por ello?

Olilí: Me he perdido.

Lorenzo: Pues no es tan complicado, Olilí.

Olilí: Pues necesito que me lo expliques mejor.

Lorenzo: A ver...es que ella...ella quiere... *(Silencio.)*

(Meli, sin abrir la puerta.)

Meli: Le pedí que tuviésemos hijos.

(Silencio interesantemente tenso. Meli empuja la puerta y entra.)

Lorenzo: Te dije que necesitaba pensarlo.

Meli: Y pensaste que lo mejor era dejarme.

Lorenzo: Pensé que...no sé...¿Hijos? ¿Cómo voy a encargarme de cuidar de alguien, si ni tan solo sé cuidar de mí mismo? Por no hablar ya de mis padres...

Meli: *(Liberando la furia de quien dice las cosas para construir.)* Mira Loren, dices que el mundo te da miedo, que es cruel y que solo interesas mientras puedan exprimerte. Clamas, cada dos por tres, que este mundo se ha roto, que ya no vale la pena. Que nos interesa mucho más Marte, que solucionar

los problemas de la tierra. (*Imitando, con amor, las arengas "Lorenzianas"*.) La humanidad es estúpida, nos hallamos en un estado deplorable, repleto de penurias, miseria y desdichas. Conspiramos constantemente contra nuestro propio bienestar. Coreas: la estupidez es lo más dañino, es peor que la maldad porque al menos el malvado obtiene algún beneficio para sí mismo. ¿Alguien ejercita la duda y la autocrítica? Ruges con que la estupidez es altamente contagiosa y se alimenta de grandes ideales difusos, de lugares comunes, de arengas simplistas. Siempre citando a Camus: "la estupidez siempre insiste". Y concluyes: cualquier otro pasado siempre fue mejor que este ruinoso presente.

(*Ya más conciliadora.*) ¿Y sabes qué es lo que yo creo, Lorenzo? Que te has creído ese discurso de tanto repetirlo, pero que ese discurso no es el tuyo. Deja de victimizarte y madura. Y mientras tanto, disfruta de la vida. Vale, te compro que vivimos en una total desarmonía con el planeta, y que somos incapaces de diferenciar lo importante de lo insignificante. Ok. (*Sincera, como solo puede serlo una persona enamorada.*) Pero Lorenzo, en la vida hay que ser un buen perdedor para poder ganar, y no enfadarse por ello. Tú lo que tienes es miedo a ganar, miedo a ser feliz, porque idealizas constantemente la vida. Ves la vida como algo grande, como algo perfecto, cuando en realidad, la vida, tu vida... y la mía, nuestras vidas, son solo eso; una vida hecha de pequeños deseos. Porque no es necesario que se joda todo para saber lo felices que somos. Guarda tu corazón y tus emociones para mí, y regálale al mundo tu persona. No eres ni un estúpido, ni un cobarde. Solo tienes que hacerte cargo de que esto funciona así. Si sucede; conviene, y *pa' lante*, sin darle tantas vueltas. ¿Recuerdas cuando

me dijiste: el romanticismo es lo único que puede salvar al mundo?
(Lorenzo asiente. Meli le ofrece la mano.) Y sí, quizá todo esto que te
acabo de contar, es también una excusa. Pero, ¿sabes para qué? Para que
bailés conmigo. Porque lo único que quiero es que me abrases y confíes
en mí.

*(Lorenzo y Meli bailan. Bailan como solo pueden hacerlo los amantes verdaderos:
escuchando el latido ajeno. Sería maravilloso que el público se animase también a bailar.
Quizá nuestro encantador Olilí pueda cantar. Sea como fuere, es un momento para
disfrutarnos. Al final de la canción, oscuro dulzón.)*

6.

(Suena un nuevo bolero. Entra María desde la calle, con una carpeta. Viene muy dolorida. Acaban de darle su primer masaje.)

María: Ay, qué dolor. Venga Antonio, que pareces una tortuga. La última vez que te hago caso. *(Imitando a Antonio.)* María, te vendría bien darte un masaje, así te relajas y te olvidas de lo de tu amiga.

Lo que necesito ahora es un masaje para el masaje de ayer. ¡Qué dolor!
Tonta yo por hacerte caso.

(Entra Antonio con dos bombonas de butano. Jadea, suspira, no puede ni con su alma. Cae de rodillas al suelo.)

María: Antonio, hijo, que vivimos en el sótano. Que es todo de bajada.

Antonio: Ah, uf, grrrrrrrrr *(Se lleva la mano derecha al brazo izquierdo.)*

María: *(Preocupada.)* Antonio, déjate de tonterías. ¿Qué te pasa, Antonio?

Antonio: Aquí...me duele...creo que...

María: *(Asustándose.)* No, si al final me dejas sola antes de tiempo...

Antonio: *(Alzando la voz.)* ¡El butanerooooooooooooo!

María: Cómo se puede ser tan mala persona.../

Antonio: *(Levantándose.)* Era una broma mujer.

María: ¿Una broma? Deja las bromas debajo de la cama. Yo tengo la espalda hecha un flan.

Antonio: No te agobies, un buen masaje tiene que doler. Mañana verás que bien te encuentras. *(Se va a la habitación con las respectivas bombonas.)* Espero

no tirarme ningún pedo esta noche, a ver si vamos a salir por los aires. El butaneeeeeero.

María: Bueno, pues lo del notario ya está resuelto. *(Deja la carpeta sobre la barra americana.)* Que pena dejarle tan poquito a Lorenzo.

Antonio: *(Desde la habitación.)* Nosotros empezamos de cero. Que nos dé las gracias, que algo le podemos dejar.

María: Antonio, ¿tú quieres a Lorenzo?

Antonio: *(Entra corriendo.)* ¿No irás a decirme, a estas alturas, que no es hijo mío?

María: Cuando parece que no te puedes superar, haces o dices lo imposible. Claro que es hijo tuyo. Te pregunto si quieres a tu hijo. Porque parece que no te importa un bledo.

Antonio: Claro que lo quiero, pero es que me cuesta cuando se pone en plan niño mimado. Me saca de mis casillas.

María: ¿Sabes por qué?

Antonio: A ver, ¿por qué? Sabelotodo.

María: Porque es exactamente igual que tú. Tú lo has sobreprotegido y ahora le pides que sea quien no le has enseñado a ser. No soportas ver tus defectos en él. Él tiene miedo a fallarte.

Nos lo dijo Olilí, y yo te lo ruego: despídete bien de tu hijo. Tú has sido un muy buen padre, pero ahora no te reconozco. Siempre lo estás retando.

Antonio: Es porque.../

María: Es porque nada, Antonio. Sé el buen padre que eres y dile a tu hijo cuánto le quieres, joder. Joder, como me duele la espalda. Necesito sentarme.

(Llaman a la puerta. Antonio abre y descubre que, por fin, la puerta está arreglada.)

Antonio: *(Muy sorprendido.)* ¿Conseguiste arreglarla? Eres un negro muy grande.

Olilí: *(Cómplice.)* Entre tú y yo, he cambiado la puerta.

Antonio: Que tío, dice que... *(Revisa que la puerta sea la misma en cuanto entra Olilí.)*

Olilí: Vengo a por los documentos.

María: Pues los tienes donde los dejaste.

Olilí: *(Los coge.)* ¿Todo correcto?

Antonio: Todo correcto, manitas.

Olilí: Como os podréis imaginar, he visto de todo en este oficio. Pocas cosas me sorprenden ya, pero no me gustaría que tuvierais que pasar por una mala experiencia. Le he dado muchas vueltas y me gustaría ayudaros. *(Saca un pequeño bote con dos pastillas rojas.)*

María: ¿Qué es eso?

Olilí: Son dos pastillas que os dormirán el corazón. Sin dolor. Sin sorpresas.

Antonio: ¿De dónde las has sacado?

Olilí: Os dije cuando nos conocimos, que mi familia se dedica a los enterramientos desde hace mucho. Muchas personas necesitan ayuda y son pocas las que lo pueden encontrar.

María: Gracias, ángel mío. *(Coge el bote y abraza a Olilí.)*

Olilí: No soy ningún ángel, María. Solo soy un enterrador que cree en la vida como un conjunto de impulsos. Pensamos ser dueños de nuestras acciones, pero no es así. Hay una energía que no vemos, una fuente que fluye por todas partes, mientras tanto, la vida se va impulsando entre toda esa energía. Solo hay que dejarse llevar. Eso sí, podemos elegir cómo dejarnos

llevar. Vosotros dos, por ejemplo. Habéis vivido con la cadencia de los boleros.

Antonio: Somos boleros vivientes.

María: Qué bonito eso que acabáis de decir.

Olilí: *(Cambia el vinilo.)* Pareja bolerista, ¿seríais tan amables de bailar para mí?

María: ¿Quieres que bailemos?

Olilí: Quiero que me bailéis desde el alma.

Antonio: Eso está hecho. *(Tiende su mano a María.)* ¿Baila, mi dulce guarachera?

María: Claro, guajiro de mi corazón.

(María y Antonio se bailan otro bolero. La pista ya está caliente. El público, cómo no, puede bailar con ellos. Acaba la escena como acaba un buen bolero: ocupando el lagrimal con alegre nostalgia.)

7.

(Suena un bolero y poco a poco, sube la luz. A la mesa, María, Antonio, Lorenzo, Meli y Olili. Todos elegantes y radiantes; ríen, brindan, parecen otros. Seguramente porque son otros, ya que lo que nos sucede en la vida nos cambia, nos completa, nos mejora.)

María: Quiero hacer un brindis. *(Se levanta y tacha el último día del calendario.)*
Quiero brindar por el respeto que nos habéis demostrado. Quiero morirme en este pequeño palacio, el más bonito del mundo, porque aquí hemos sido felices. *(A Lorenzo.)* Porque aquí diste tus primeros pasos. Te apoyamos en esa pared y te pedimos que confiases en nosotros, y lo hiciste. Y hoy, nuestro último día en este mundo, vuelves a creer en nosotros. *(Levanta su copa.)* Porque la muerte no es un final, sino unos puntos suspensivos misteriosamente fascinantes. Brindo por este magnífico: hasta pronto. *(Brindan y beben.)*

Creo que Antonio también quiere hacer un brindis. *(Le da un codazo a Antonio.)*

Antonio: ¿Eh? A sí, voy. *(Solemne, levanta su copa.)* Quiero hacer un brindis.../

Lorenzo: A ver por dónde sales.

Antonio: *(Acobardado.)* Hijo, esto no es fácil para mí.

Lorenzo: Papá, que ya no nos engañas.

Meli: *(A Lorenzo.)* Creo que hoy sí que va en serio.

Lorenzo: Este querido padre mío es un cómico de primera.

Antonio: Voy. *(Levanta su copa, pero le tiembla tanto el pulso que tiene que dejarla otra vez en la mesa. Sincerarse no le es nada fácil.)* Cuando te haces viejo, solo quieres volver al lugar donde fuiste más feliz. Yo, hoy, que ya soy

muy viejo, aunque lo niegue, no necesito ir a ningún sitio pues entre estas cuatro paredes me siento como en el olimpo. Brindo por mi María; mi mejor amiga, mi compañera, mi reina. *(Brindan, pero no beben.)*

(Por Meli y Olilí.) Brindo por las personas maravillosas que la vida te pone en el camino. Gracias. *(Brindan y Antonio cada vez está más nervioso. Lo que quiere hacer no es fácil, aunque lo parezca.)*

Pero no quiero...mejor dicho no puedo dejar de brindar por una persona muy especial. Lorenzo.../

Lorenzo: Aquí llega el chiste.

Antonio: *(A punto de un ataque de nervios.)* Uf, que esto va en serio.

Brindo por mi hijo, a quien en estos últimos años no he sabido cuidar como se merece. No quiero irme de este mundo, sin decirle a mi hijo cuánto le quiero, porque creo que no se lo he dicho nunca. Decirle...*(A Lorenzo directamente.)* lo orgulloso que estoy de ti. Lorenzo, búscate todos los problemas del mundo, porque los sabrás resolver. Hijo mío, te pido perdón si en algún momento te he empujado a una vida que no fuese la que tu querías. Consume las horas de tu vida. Me voy... *(Coge la mano de María.)* Nos vamos...completos, felices, inmensamente satisfechos de lo conseguido. Y podernos despedir así, es la guinda a este pastel de la vida. ¡Salud! *(Brindan y beben.)*

Lorenzo: *(Levanta su copa. Falsamente solemne.)* Por alusiones. No se nos pregunta si queremos nacer, así que tampoco se nos debería preguntar cuándo queremos morir. *(Mirando a sus padres.)* Gracias por haberme enseñado a vivir con ganas. No puedo estar más orgulloso de unos padres como vosotros, pues sois unos valientes, unos auténticos héroes; por todo lo que

habéis hecho, y por lo que estáis apunto de hacer. Gracias. (*Brindan y beben.*)

Meli: (*Levanta su copa.*) Me toca. Es un poco difícil brindar, después de todo lo que habéis dicho. A ver, va a sonar a tópico, pero brindo por la libertad y la redención, la cual es sinónimo de felicidad. Riqueza arraigada en esta familia, alegría profunda que ningún sótano podrá retener. ¡Salud!
(*Brindan y beben.*)

Olilí: Pues creo que me toca brindar a mí.

(Olilí chasquea los dedos y cambia la luz. Levanta su copa, que mágicamente se ha convertido en un micro, y canta el bolero de despedida más bonito del mundo. María baila con Antonio, y Meli con Lorenzo. El público, a estas alturas, “debería necesitar” levantarse de sus butacas y bailar con quien sea. Hacia el final del bolero, María y Antonio se introducen en el patio de luces y se toman la pastilla que les dio Olilí. He aquí el final que tanto esperaban. Desaparecen hacia quien sabe dónde. Poco a poco, se hace un oscuro de esos que erizan el vello.)

(Quizás te preguntes cual es el bolero más bonito del mundo. Si tienes la tarea de dar vida a esta historia, tendrás que escuchar muchos boleros como hice yo, autor, mientras escribía estas letras. Disfruta la escucha.)

8.

(A oscuras, se abre la puerta de la calle y entran Lorenzo y Melisa. Por primera vez, no hay música de fondo. Meli da la luz. Cada uno trae una urna con las cenizas de María y Antonio. Las dejan sobre la barra americana.)

Lorenzo: Se me hace raro estar en esta casa sin escuchar música.

Meli: Eso es fácil de solucionar. ¿Qué te apetece escuchar?

Lorenzo: Lo que tú quieras. *(Se sienta en el sofá.)*

Meli: *(Desde el tocadiscos.)* Te voy a sorprender. *(Pone un disco de, por ejemplo, Nina Simone.)* ¿Y esa carpeta?

Lorenzo: *(Ha sacado de su mochila una carpeta.)* El informe policial del suicidio. Me encanta Nina Simone.

Meli: ¿Y qué pone?

Lorenzo: No lo sé, y no sé si quiero leerlo.

Meli: *(Amablemente, se lo quita de las manos.)* A ver. *(Leyendo para sí misma.)* Vaya...bueno...ajá...anda...muy bien.

Lorenzo: Hija, parece que estás leyendo las instrucciones de una lavadora. ¿Algo interesante que quieras compartir conmigo?

Meli: Lo más interesante es que los cadáveres los encontraron en el sofá.

Lorenzo: *(Levantándose de un salto.)* ¡Joder! Qué yuyu.

Meli: *(Juguetona.)* Te pareces tanto a tu padre.

Lorenzo: ¿Algo más?

Meli: Según el forense: murieron sin dolor. De un paro cardíaco dulce.

Lorenzo: ¿Dulce? ¿Eso que quiere decir?

Meli: No sé, pero tampoco quiero saberlo.

(Silencio cómodo, de esos que invitan a recordar.)

Lorenzo: *(Mirando las urnas.)* Míralos, juntos hasta en la muerte.

Meli: Es muy romántico. *(Se fija en el bolso-tupper que desde hace varias escenas, está sobre la barra americana.)* Anda mira, tu fiambarrera.

Lorenzo: No es una fiambarrera. Es un bolso-tupper, pero ya no lo voy a necesitar.

Meli: ¿Y eso, por qué?

Lorenzo: Quiero comer todos los días del resto de mi vida en mi casa...contigo.
(Pausa.) ¿Quieres casarte conmigo?

Meli: Sabes de sobra que sí, pero no quiero que esta decisión sea un pretexto por todo lo que ha sucedido. ¿Estás seguro de querer pasar el resto de tus miedos conmigo?

Lorenzo: Te ofrezco una vida llena de problemas a resolver y siempre con mucho miedo. Pero aún hay más. ¿Preparada?

Meli: Miedo me das.

Lorenzo: Esa es la idea. ¿Nos venimos a vivir a este piso? El propietario me lo alquila al mismo precio que a mis padres. Un *chollazo*. Hacemos un par de reformas y nos dejamos un *loft vintage*, de muerte. Perdón, no de muerte como la de mis padres. De muerte bien.

Meli: Para, para, paaaaara. Lo que yo decía: tu padre en persona. Anda, bésame.

(Se besan, como las personas enamoradas quieren ser besadas.)

Lorenzo: ¿Nos damos unos achuchones en nuestra nueva habitación?

Meli: ¿Achuchones? ¿Tú te acuerdas de cómo se hace eso?

Lorenzo: ¿Olvida el león cómo se caza? *(Le da un bocado en el cuello.)*

Meli: Que sepas que son las leonas las que cazan.

Lorenzo: Yo sí que te voy a cazar a ti.

(Salen hacia la habitación haciéndose unos arrumacos. Unos segundos después, vuelve a entrar Lorenzo.)

Lorenzo: *(Hablando a las urnas.)* Mamá, papá, por fin, os voy a hacer abuelos.

Meli: *(Desde la habitación.)* Loren, vas a flipar con lo que tiene tu madre en la mesita de noche.

Lorenzo: ¿Qué?

Meli: *(Desde la habitación.)* ¡Un Satisfyer!

Lorenzo: ¿Un qué? *(Yendo hacia la habitación.)*

Meli: *(Desde la habitación.)* Ven gatito, que tienes muchas cosas que aprender aún.

Lorenzo: Papá, que sepas que en cuatro días utilizo tus cenizas para abonar los tulipanes. ¡Os quiero! *(Pone los tulipanes rojos entre las urnas y ríe con un sentido del humor que nos recuerda mucho a alguien. ¿A quién será? Antes de salir, apaga las luces.)*

(Luz cenital sobre el patio de luces. Ahí está Olilí, quien, comienza a cantar. Lentamente desaparece hacia quien sabe dónde. Poco a poco se hace un “oscuro brillante”, porque la muerte no es el final, no, nada de eso, será lo que tú quieras que sea. Te deseo el mejor viaje de ida y vuelta.)